



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Vet. Span. III B. 112







DIEGO CORRIENTES,

DRAMA POPULAR

ESCRITO EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

POR

DON JOSÉ MARÍA GUTIERREZ DE ALBA,

Y NUEVAMENTE REFFUNDIDO POR SU AUTOR,

EN CUATRO ACTOS Y CINCO CUADROS.

(EL TERCER ACTO ES ENTERAMENTE, NUEVO.)

SEXTA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1880.



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria. El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lirico-Dramática, titulada el Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PERSONAJES.

CONSUELO, amante de Diego.
LA MARQUESA DEL PRADO.
LA TIA LUISA, madre adoptiva de Consuelo.
DOLORES, criada de la Marquesa.
DIEGO CORRIENIES, bandido.
JUAN EL RENEGADO, id.
DON RUFO BORRASCAS.
DON JUDAS TRAPISONDAS.
EL TIO CHAFAROTE.
EL TIO GASPAR, el Pelao.
ANTONIO, criado de D. Rufo.
BLAS, id.
DOMINGO, id.
CARICORTAO, id.
MALOSPELOS, id.
EL CORREGIDOR DE UTRERA.
DOS JUECES.
DOS ESCRIBANOS.
UN CALESERO.
EN COCHERO.
UN CARCELERO.

Gente de la ronda, soldados, presos, labradores y alguaciles.

La accion pasa en Andalucia, á fines del
siglo XVIII.

ACTO PRIMERO.

Patio de una ventana entre Utrera y Jerez. Puerta al fondo y laterales. Á la derecha un cobertizo, debajo del cual hay un retablo alumbrado por un farol. Á la izquierda, sobre un tejado, chimenea alta al estilo del país. Junto á la puerta del fondo un cántaro. Al levantarse el telon, aparece un grupo en medio del patio, en cuyo centro bailan algunas parejas de labradores al compás de una vihuela.

ESCENA PRIMERA.

EL TIO GASPAR y LABRADORES de ambos sexos.

UNA VOZ. (Canta.)

Premita Dios castigarme,
con un plato de perdices,
una botella de vino,
y una muchacha de á quince.

(Aplauso y palmoteo.)

GASP. Ea, basta ya de jorgorio;
guardá pa mañana argo.
Dir colando pa ayá entro,
no se us enfrie er gaspacho.
(Váanse todos por la puerta derecha.)

ESCENA II.

CONSUELO, el tío GASPAR, el CALESIERO.

CONS. (Entrando por el fondo seguida del Calesero.)

¡Otavía no! Madre mía,
¿le habrá susedío algo malo?

GASP. No se ve á naide, Consuelo?

CONS. Naide. Por más que he mirao...

ni un arma. Vayes y montes
tristes, muos, solitarios.

¡Tío Gaspar, si argun encuentro
habrá tenío ergrasiao!

GASP. Pué ser; pero ayer me dijo,
ya en deje enaíma er cabayo:

«¡asta mañana á la tarde,
güena salú, tío Pelao.»

Y tomó po esas laeras
erechito á los Palasios.

• Quiea Dios darle güena suerte,
que es un moso mu honrao.

CONS. Naide jabla mal de Diego.

¿No es verdá? Diego no es malo:
siempre anda por los caminos,
y á naide le jase daño.

Er, cuando á un rico se encuentra,
si acaso le quita algo,
es pá socorré á los probes
que están más necesitaos.

GASP. Su corason ¿quién lo dua?

es un corason mu blando.

CONS. ¿Quié usté ereé, tío Gaspá,
que en er tiempo que le jablo,
sólo cuatro frioleras

es lo que me ha regalao?

GASP. Po si á veces tengo yo
que endiñarle pa tabaco.

CONS. Sus fartiueras vasías
nunca tienen un ochavo.

GASP. ¡Nunca!

CONS. Y yo le alabo er gusto;

- yo como é lo que trabajo;
y le digo que reparta
á los probes esdichaos
lo que á tanto riesgo junta
penando por esos campos.
- GASP. Po en eso eres una tonta.
Si á ér le cuesta su trabajo
¿por qué de lo que se gana
no te aprovechas en argo?
- CONS. Cuando no sale de aentro,
no se pué jaser na malo.
¡Ay, tio Gaspá! Si pulera
yo de esa via arrancarlo,
de güena gana daría
cuanto tengo y cuanto vargo.
- GASP. ¡Toma! ¿Y por qué no la deja?
- CONS. Ya no hay remedio en lo humano.
Tio Gaspá, ¿no sabusté
que Diego está pregonao,
y que dan por su cabeza
dor mir dosientos ducaos?
- GASP. ¡Caracoles! Si eso es cierto,
dile que ande con cudiao.
- CONS. ¡Ay! Si el rey diera un indurto,
ya yo lo hubiera obligao
á dejar tan mala vía;
que ar fin roba, y eso es malo:
y aunque ér piensa que se iscurpa
á los probes amparando,
ar fin da lo que no es suyo,
y dar lo ajeno es pecao. (Llora.)
- GASP. No yores, mujé, no yores!
- CONS. ¡Si tengo jecho peazos
er corason! ¡Si es mi suerte
viví entre er doló y er yanto!
¡Tio Gaspá, si usté supiera
las penas que estoy pasando!...
Disen que soy su quería;
toos me tirdan en er barric;
y juro que con un deo
Diego á mí no me ha tocao;
que si ér no me respetára

- yo no lo quisiera tanto.
- GASP. No hay más que tener pasensia,
si esa suerte us ha tocao.
- CONS. (Dirigiéndose al retablo.)
Mairesita é los Dolores,
una misita te mando
si me libras á mi Diego
de faitigas y trabajos.
(Se oye una voz que canta lejos.)
- VOZ. Consuelo del arma mia,
la de los ojitos garzos,
muerto está mi corason
el dia que no te jablo.
- CONS. Esa es su voz, tio Gaspá.
- GASP. Quizá no te has engañao,
pero otavía viene lejos.
- CONS. Mi nombre viene cantando.
(La voz más cerca.)
- VOZ. Allá va Diego Corrientes
con su cabayo cuatrarvo,
su jembra en er pensamiento
y su trabuco en la mano.
- CONS. Tio Gaspá, ¿no lo oye usté?
¡Diego, y qué bien entonaot!
- GASP. Voy á jaserle señá
de que está escubierito er carapo;
que etrás é la venta aguarda,
y er cantar es su reclamo.
(La voz muy cerca.)
- VOZ. Vale más de mi Consuelo
la gracia, sandunga y garbo,
que los tesoros que tiene
el rey de España enserraos.
- CONS. ¡Ay! bendito sea su pico!
Voy allá fuera á esperarlo!
(Al ir á salir se oyen las pisadas de los caballos
que paran y el ruido producido por dos hombres
que bajan sin estribes.)

ESCENA III.

CONSUELO, DIEGO, el RENEGADO, el TIO GASPAR,
CALESERO.

DIEGO. No es menesté, reina mia,
que ya tu Diego está aquí.

CONS. Si vieras cuánto temía...

DIEGO. No temas nunca por mí,
ni tengas nengun cuidao
aonde está Diego Corriente,
porque á ér se yega la gente
con er sombrero quitao.
¿Tio Gaspá?

GASP. ¿Qué manda ostó?

DIEGO. Que á mi cabayo primero,
y aluégo ar der compañero
le echen mu bien de comé.

CONS. Diego, vendrás mu rendío.

DIEGO. ¿Quién, yo? Nunca estoy cansao.

CONS. ¿Aónde la noche has pasao?
Dímelo, moreno mio.

DIEGO. Reina é toitas las mujeres,
ven acá, siéntate aquí; (Se sienta.)
que tu Diego te va á isir
tó lo que tú saber quieres.

Dejó ayer tarde la venta
cuando er sol se había ocurtao,
y le dije al tio Pelao:
«¡asta mañana.» ¡Esto es cuenta?

(Dirige la pregunta al tio Gaspar, el que contesta
afirmativamente bajando la cabeza. Despues se re-
tira á un lado con el Calesero, hasta el fin de la
escena.)

Po esas campiñas crusando
mir sendas atravesé,
y á los Palasios llegué
sobre mi potro cantando.

CONS. ¿Y qué cantabas, moreno?
Dímelo... por tu salú.

DIEGO. ¿Por qué, no lo sabes tú?

CONS. Quieco que me lo digas.

DIEGO.

Güeno,

yo te lo diré, salá.

Cantaba, aunque er mundo pene,
por una jembra que me tiene
toita el arma achicharrá.

Cantaba por unos ojuelos
que ar sor su lus oscurecen;
por eso, cuando aparecen,
er mesmo sor tiene selos.

Cantaba yo, y escuchaba,
manque po ayí naide había,
una voz que repetía

lo mesmo que yo cantaba.

Busqué, y á naide encontré;
suerto er cabayo veloz,
me paro, otra vez canté,
y me respondió la voz.

Esta es la verdá, Consuelo:
como tu nombre escuchaban
tambien de gusto cantaban
los angelitos del sielo.

Porque al escuchar tu nombre,
jechisera reina mía,
sienten la mesma alegría
los ángeles que los hombres.

CONS.

¿De verá? Estás mu salao;
pero vengo á verte aquí
para que me jables de tí:
dime lo que ta pasao;
que si tú por mí cantaba,
si te quemaba mi fuego,
¡ay! yo tambien por mi Diego
lagrimitas erramaba!

Y esas, que íes tú que son
voses de los angelitos,
eran de los suspiritos
que daba mi corason.

De día en tí estoy pensando,
de noche contigo sueño;
que sólo tú eres mi dueño;
or tí siempre estoy penando.

Si me alevanto á la aurora
y un pajariyo barrunto,
al instante le pregunto:
¿aónde está mi Diego ahora?
Si de noche á la ventana
sargo á ver las estrejetas
digo con grandes penitas:
¡ay, si lo veré mañana!
Ya no tengo ni una hora
de gusto ni de contento,
mi corason sin aliento
lágrimas é sangre yora.

DIEGO. Vamos, Consuelo, arma mía,
no yores, várgame Dió.

¿No ves que estoy aquí yo?

¿No te causo ya alegría?

CONS. ¡Ay, Diego! mi esgrasia es tanta,
que ya la pena me ajoga;
paese que tengo una sogá
que me aprieta la garganta.

La Vinge é Consolasion

(Saca una estampa del pecho.)

siempre la yevó conmigo;

á eya las penas le digo

que siente mi corason,

y una sarve tós los día

al levantarme le reso,

pa que de malos tropieso

liberte á la prenda mía.

No me importa que la gente

jable de mí, bien lo ves:

ni que digan: «Esa es

la jembra é Diego Corriente.»

DIEGO. No digas ya más: ¡me jundo!

tengo el arma traspasá!

¡Ay! si esto no es camelé,

no hay quien camele en er mundo.

¡Bendiga er sielo ese pico

que tanta armibar erramas!

Niña, el hombre á quien tú amas,

con tu querer sólo es rico.

CONS. Dejemos eso pa luégo:

dime lo que tá pasao.
Estás como disgustao.
Dime lo que tienes, Diego.

DIEGO. Verás: anoche ayegué,
como te ije, á Los Palasio,
y á la plasa, mu espasio,
erecho me encaminé,
las riendas en una mano,
er trabuco aprevení,
y un puro asina ensendío
(Señala el largo con la mano.)
de esos que le isen jabano.
Salió á verme mucha jente,
y apenas me distinguían,
unos á otros se desian:
«Ayá va Diego Corrientes.»
Unos las puertas serraban
porque de mí tenían mieo;
y otros, que tenían eseo
de verme, se me asercaban.
Á una taberna ayegué,
sorté un puñao é plata ayí,
y á tó er que se arrimó á mí
mu gustoso convié.
Si uno allegaba á la puerta
á ver quien tanto gastaba,
al mirarme se queaba
con un parmo é boca abierta.
Ayí en medio me planté,
cuando ya naide quería
beber más por cuenta mía,
y un trabucaso sorté.
Y cuando á cargá gorví,
con tóo el espasio que quise,
dije: «Er que quiea argo, que avise;
Diego Corriente está aquí.»
Al escuchá er trabucaso
solo en la plasa queé
y á la marisma guié
mi cuatrarvo paso á paso.
Y asín que me ví ya fuera
y aonde naide me escubría,

quité al caballo la bría
pa que el animal comiera.
Ayí estaba yo parao
asperando mi ventura,
cuando yegó un paire cura
sobre una mula montao.
«Bájese usté, paire mio,»
le dije: y ér se abajó,
y temblando se asercó,
como si tuviera frio.
Viéndolo temblar, la risa
casi, casi, me ajogaba,
y más, cuando me entregaba
er dinero de una misa.
«Guárdelo usté, y en la feria
lo gasta usté en arfajon,
le dije, no soy ladron
yo pa robá esa miseria.»
Y entónse muy diligente
le endiñé al pobre una jara
pa que una misa cantára
po el arma é Diego Corriente.
Me dió las gracias y á más
una bendision me echó,
y al instante se najó
gorviendo la cara atrás.
Poco rato había pasao
cuando otro hombre ví vení,
y al llegar lo conosí,
que era Juan el Renegao.
Me dijo que perseguío
andaba de una partía...
y que venirse quería
á ser compañero mio.
Y aunque á mí no me conviene
sino andar solo po aquí,
¿qué había é jasé? lo armití,
y es er que conmigo viene.
Po no tiene güena cara.
No por er santo é mi nombre!
Pero ¿qué se le ise á un hombre
que de uno viene y se ampara?

Cons.

Dizeo.

- Bien sé que es un hombre malo,
que argunas muertes ha jecho,
pero lo agarro y lo echo?
Pa eso sa menesté un palo.
- CONS. Diego, me dá er corason
que na güeno pué jaser.
No andes tú mucho con ér,
que va á ser tu perdision.
- REN. (Asomándose á la puerta.)
Dos hombres vienén pa acá;
paesen un moso y un amo.
- DIEGO. Que no se enteren que estamo
aquí; déjalos entrá.
Pa que la gente entre suerta,
vamos á ver los cabayo. (Al Repogado.)
Vengasté tambian, tocao. (Al Calesero.)
Muy pronto estamos de güerta. (Á Consuelo.)
(Váanse los tres por la derecha.)

ESCENA IV.

CONSUELO, el TIO GASPAS, D. RUFO, luego DOMINGO.

- RUFO. (Con altanería.) ¡Ah del ventero! ¡Mi mula
en dónde á comer se pone?
que está el animal cansado.
Desde Utrera viene al trote.
¡Vamos pronto! ¿Y el ventero?
- GASP. Ayá voy yo, señó on Cosme.
- RUFO. Don Rufo dirás, bribon:
don Rufo, que ese es mi nombre.
- GASP. Po jarto ayá, señó on Rufo;
aspasito y ménos voces;
que en esta venta no hay,
como osté piensa, bribones.
- RUFO. ¡Qué se entiende! ¿Á mí venirme
con réplicas este zote?
Á mí, á don Rufo Borrascas
Medina y Arcos de Argote,
Sanchez, Leon, Peralta, Silva,
señor de los Quitasoles...
- CONS. (Ap.) (Po si aonde quiera que ayegue

tiene que ir los sus nombres,
aunque un año esté en cá parte,
quisé en tiempo no le sobre.)

RUFO. ¡Vanjos!

GASP. Tengasté pasensia.

(Ap.) (Vaya si es súpito el hombre!)

RUFO. ¡Domingo, Domingo! ¡diablo!
¿dónde estás que no respondes?

DOM. (Entrando.) Estaba aferrando á mula:
aquí lle eston, meu señore.

RUFO. Anda y tráete la maleta,
mientras que la mula come;
que en estas ventas malditas
no se hallan más que ladrones.

(Váse Domingo.)

GASP. Señó on Rufo, ¡able osté
sin ofendé á ningun probe;
perque aquí cá uno es cá uno.

RUFO. ¡Yá! Y una docena doce.

(Se sienta junto á Consuelo y coloca en una silla
dos pistolas.)

CONS. (Ap.) (Pos el hombre es divertío.
¡Vaya un mieo, san Onofre!)

RUFO. ¡Hola! No había reparado,
chica, hasta ahora en tus primores..
Tienes un lindo palmito.

Dí, morena, ¿no me oyes?

CONS. (Siempre con la cara vuelta.)
No entiendo á las laigartijas.

RUFO. (Tocándole en el hombro.)
¡Qué esquiva eres!

CONS. (Dándole un empujon.) Pos entónses
á otro lao, on simenterio,
á ver si otro viento corre.

RUFO. ¡Eh! poco á poco, muchacha.
(Ap.) (¡Ay, qué chicas tan feroces!
¡pero quíá! Se amansan luégo
con plata, si no es con cobre.
Yo creo que en esta venta
me aguarda una buena noche.)

(Volviendo á tocarla.)

¿Conque, chica, ¿no me escuchas?

CONS. (Levantándose.) ¡Jesús, que me dan suores!
Como yo güerva la mano ..
muela hay que va á Santiponse.

RUFO. (Siguiéndola.) Escúchame, hermosa mia.

CONS. Miste que si ayega un hombre,
y por fortuna ve á usté,
por los fondiyos lo coge,
y vasté á roar é cabesa
er mundo y sus alreores.

RUFO. ¡Cáspita y qué andaluzada!
(Ap.) (Pues con otra se responde.)
(Mostrando las pistolas que había dejado sobre la
silla.)

Mientras yo tengo conmigo,
niña, este par de leones,
á esos guapos de navaja
no temo, aunque vengan doce.

REN. (Al paño, á Diego, apuntando á D. Rufo con
el trabuco.)

Compañero, lo vendimio?

DIEGO. (Id. al Renegado.)

¿Matá? Eso no; ¡si es un probe!

REN. ¿Qué jasemos?

DIEGO. Vente etrás,
que eso de mi cuenta corre.

REN. Ya er moso con la maleta
vendrá.

DIEGO. Pos vamos entónse.

Verás qué susto se gana
cuando yo le iga mi nombre.

(Al ir á entrar ven llegar á D. Judas y se vuelven.)

Pero, aguarda, que otro yega.

Déjalo entrá, no se asombre.

ESCENA V.

CONSUELO, el tío GASPAR, D. RUFO, D. JUDAS. Los dos
primeros hablan por lo bajo.

JUD. ¡Gracias á Dios que le encuentro!

RUFO. ¡Cómo! ¿Don Judas aquí?

JUD. Desde allá muy lejos ví
que entraba usted aquí dentro.

- RUFÓ. ¡Por Dios que me maravilla!
¿Qué viajes es esto, señor?...
- JUD. Por hacerle un gran favor
sigo á usted desde Sevilla.
- RUFÓ. ¿Un gran favor? Yo no entiendo...
- JUD. Árduo es el lance, á mi fe.
- RUFÓ. Pues, don Judas, yo no sé...
- JUD. Ya lo irá usted comprendiendo.
¿Nos escuchan?
- RUFÓ. Ne, en verdad,
si á un lado nos apartamos. (Lo hacen.)
- JUD. ¿Estamos bien?
- RUFÓ. Bien estamos.
Diga usted sin cortedad.
- JUD. Voy.
- RUFÓ. Trae usted el semblante
descompuesto.
- JUD. ¡Frioleral
Pues si vengo desde Utrera
sin descansar un instante.
Bien sabe usted que yo soy
la honra de los escribanos,
y que no meto mis manos...
- RUFÓ. (Ap.) (Donde salgan limpias, no.)
- JUD. Ayer yendo hacía la fonda,
mi escribiente Juan Ensarta
llegó á entregarme esta carta. (Mostrándola.)
(Leyendo el sobre.)
«Á don Judas Trapisonda.»
Luégo que en el sobre ví
mi nombre entero estampado,
la abro al punto, y asombrado,
lo que usted oirá leí.
- RUFÓ. Lea usted, lea al momento.
- JUD. (Leyendo.)
«Cádiz veinte...
- RUFÓ. Haga usted punto.
Vamos rectos al asunto,
que la fecha no hace al cuento.
- JUD. (Leyendo.) «Mi querido amigo don Judas Tra-
pisonda: Un negocio de importancia se nos
presenta, el cual me apresuro á comunicar-

«le. La marquesa del Prado, hermana del
 »señor don Telesforo de Silva y Peralta, sale
 »para esa ciudad de Sevilla, en donde se
 »propone encontrar una hija natural de su
 »difunto hermano, con el objeto de ponerla
 »en posesion de los cuantiosos bienes que
 »ahí disfruta como depositario un tal don
 »Rufo Borrascas, su lejano pariente. La jó-
 »ven que se busca, no conserva otra prenda
 »por la cual pueda ser reconocida, que un
 »relicario, dentro del cual existen las prue-
 »bas necesarias para la adjudicacion de tan
 »crecida herencia. He de advertir á usted
 »que la referida marquesa lleva una sortija
 »en la cual hay una cifra que ha de convenir
 »con otra que el relicario tiene. Como usted
 »me ha escrito ya en otras ocasiones, dicién-
 »dome que conoce perfectamente á la jóven,
 »la cual no tiene de todo esto noticia algu-
 »na, lo aviso á usted para que, marchando
 »de acuerdo con quien convenga en este ne-
 »gocio, podamos reportar las ventajas...»
 (Hablado.) Etcétera...

RUFO. Ya comprendo.

JUD. Son materias peliagudas.

RUFO. ¿Pero esa jóven, don Judas?...

JUD. Lejos no está, á lo que entiendo.

RUFO. ¿Cómo?

JUD. Oiga usté; abandonada

en la niñez por su padre,

y muerta á poco su madre,

una pobre desdichada,

al verla, se condolió

de su desgraciada suerte,

y por evitar su muerte

generosa la prohibió.

RUFO. Mas ¿dónde fué eso?

JUD. En Utrera.

RUFO. ¿Dice usted que cerca está?...

JUD. Aquí en la venta quizá.

RUFO. ¿Me engaña usted?

JUD. Dios no quiera....

RUF0. ¿Y cómo aquí?

JUD. Oiga: tan bella

la tal muchacha crecía
que nadie verla podía
sin enamorarse de ella.
Vióla una vez un galán,
de amores la requirió,
y ella prendada quedó,
y correspondió á su afán,

RUF0. Aún satisfecho no estoy:
si está aquí, ¿por qué ha venido?

JUD. Su afecto aquí la ha traído
á ver á su amante hoy.

RUF0. Me pone usted en confusion.

JUD. Sólo pueden verse aquí.

RUF0. Don Judas, pues ¿cómo así?
¿Quién es su amante?

JUD. (Con gran misterio.) Un ladrón.

RUF0. ¿Un ladrón! ¿Y entre esas gentes
se encuentra? ¡Esto al cielo clama!
Y ese hombre ¿cómo se llama?
¿Quién es?

JUD. ¿Quién? Diego Corrientes.

RUF0. ¿Santo Dios, qué es lo que escucho!
¿Y él vendrá á buscarla aquí?

JUD. Pienso que, si no está ahí,
no ha de hacerse esperar mucho.

RUF0. Mas ¿cómo ha sabido usted
que yo aquí me encontraría,
ni cómo así en busca mía?...

JUD. Á hacer á usted esta merced
decidido estaba; al punto
á casa de usted me encampo;
salió un criado de campo
y por usted lo pregunto.

«Para Cádiz salió hoy
»hará dos horas lo más,»
me dijo. Monto; y zés trás,
corro, corro y aquí estoy.

RUF0. El rumbo que yo llevaba
supo usted, siguió mi huella;
mas ¿cómo adquirió que ella

- JUD. tambien aquí se encontraba?
Como que en mi oficio estri ba
el sosiego de esa gente,
al paso me hice presente...
- RUFO. ¿Á ella?
- JUD. Á su madre adoptiva.
Toméla allí por mi cuenta;
la obligué, y por contentarme,
vino al fin á confesarme
que se hallaba en esta venta.
(Reparando en Consuelo.)
Pero... ¡calla! Ella está ahí.
Don Rufo, ¿usted no la ha visto?
- RUFO. Demasiado, ¡vive Cristo!
pero nunca presumí...
Un ardid es necesario
buscar; gran tino requiere
para que yo me apodere
al punto del relicario.
- JUD. En ello os va una fortuna
inmensa: yo os la presento,
y por recompensa cuento...
- RUFO. (Con altanería.)
¡Cosa más importuna!
Ella á Utrera volverá;
allí es preciso acecharla
y un momento no dejarla.
¡El triunfo mio será!
Don Judas, ¿está usted?
- JUD. Si.
- (Ap.) (De enojo estoy que reviento.
¡Vaya un agradecimiento!
Pues se ha de acordar de mí.)
- RUFO. (Llegando á Consuelo.)
Dime, chica, ¿qué haces tú?
- CONS. (Asustada.) ¡Ay! ¿Estasté aquí otra vé?
- RUFO. ¿Te asusto?
- CONS. ¿Pos qué mujé
no se asusta con er bú?
- RUFO. (Á D Justo, viendo llegar á Domingo.)
Aquí está ya mi criado.
Para librarnos, opino

que tomemos el camino...
pronto y con mucho cuidado.

ESCENA IV.

DICHOS, DIEGO CORRIENTES, el RENEGADO, DOMINGO.

- DOM. Eu cha traijo á maleta.
RUFO. Pénla aquí donde estoy yo.
DIEGO. (Agarrando á Domingo é indicándole una silla.)
¡Jél Santiago, eso no:
pónla aquí en esta siyeta.
DOM. Eu Domingo me chamo:
neste rincuncho á pondrei;
é outra cousa non farei
que ó que me mande meu amo.
DIEGO. Ó jases lo que te digo
mu pronto y sin replicá,
ó vas la lengua á sortá
po aonde tienes el ombligo.
RUFO. ¡Qué se entiende! ¿Á mi criado
de esa manera se trata?
DOM. (Diego le amenaza.)
¡Ay, señor, que me maltrata!
DIEGO. Suerta.
RUFO. (Echando mano á las pistolas.)
¿Á ver?
DOM. (Soltando la maleta.)
Cha está soltado.
RUFO. (Amartillando las pistolas.)
Daos á prision, insolentes.
¡Habrà agresion más injusta!
DIEGO. Sepaste que no se asusta
con balas Diego Corrientes.
RUFO. (Dejando caer las pistolas.)
¡Diego Corrientes! ¡Dios mio!
¡Ah! Perdóne usted... que yo...
DIEGO. Déle usté gracias á Dió
de no estar ya ahí tendío.
(Señalando á Consuelo.)
Pa aquí... ni mirar siquiera,
on... Surriago, estasté ya?

que esa jembra que ahí está
chorrea por mi jasera.
Y várgale á usté, esdichao,
er que estoy de guen humó.
Jembra que camelo yo
es pa tó er mundo un sagrao.

Juan, abre tú esa maleta,
á ver lo que viene ahí.

REN. ¡Cómo pesa! Yo por mí
pienso que está bien repleta.

(La abre y saca un bolso.)

RUFO. ¡Ah, pícaros!

REN. (Dirigiéndose á D. Rufo con un pañal.)

Er reaño

le viá á sacá.

DIEGO. (Deteniéndole.) No; eso no,
Juan; porque aonde mando yo
á naide se le hace daño.

Déjalo; yo lo pondré
en sitio aonde puea servi.

(Á D. Rufo.)

Vengasté, on mico, pa aquí:
su lugar va usté á aprendé.

(Señalando con el dedo.)

¿Ve usté encima é aquer tejao
aqueyo que renegrea?

RUFO. Bien; ¿el qué?

DIEGO. La chimenea:

ayí vasté á estar sentao.

Trabajo mu poco tiene,
que eso to er campo domina.

Si arguno aquí se encamina,
avisasté pa onde viene.

¿Estasté?

RUFO. Estoy enterado.

DIEGO. Ea, pos arriba, ligero.

RUFO. (Ap.) ¡Santo Cristo del madero;
hoy voy á morir ahumado!

DIEGO. Tío Gaspá, vengasté acá.

Vayasté con el vigía
á enseñarle la subía.

GASPAR. (Á D. Rufo.)

On Rufo, vamos ayá.
(Váanse los dos.)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos el tío GASPAS y D. RUFO.

- REN. (Después de contar el dinero.)
Aquí están dies mil reales,
toito en onzas é oro.
- DIEGO. Po güeno: toma tú cinco
y échame pa acá los otros.
- REN. (Dándoselos.) Ahí están ya, señó Diego,
metílos en ese borso,
que yo guardaré los míos
en la gurupa é mi potro.
¿De esa ropa, qué se jase?
- DIEGO. De ná nos sirve á nosotros.
Dársela, y que se la yeve
pa que se ponga güen moso.

ESCENA VIII.

DICHOS, el tío GASPAS, que vuelve. D. RUFO en la
chimenea.

- RUFO. (Mirando adentro.)
¡Ay, qué abismo tan profundo!
- DIEGO. (A D. Rufo.)
¡Jé! ¿Se ve gente, mi dueño?
- RUFO. No.
- DIEGO. Po si le da á usté sueño
vasté á ispertar al otro mundo.
- REN. Si árguien viene, y el aviso
no dasté, asín que lo vea,
bajasté á la chimenea
de un balaso que le atiso.
- GASP. Cudiao con dormirse, hermano,
vasté á espichá de esta jecha.
- RUFO. Viene allí por la derecha...
- DIEGO. ¿Quién viene?
- RUFO. Es un hombre anciano.

(Ap.) ¡Qué calor hace! ¡jorobas!

Ya de estar aquí me aburro.

DIEGO. ¿Qué trae ese viejo?

Un burro.

RUFO. ¿Con qué?

DIEGO. Cargado de escobas.

RUFO. Ese será un probe viejo

que viene con un peá,

que no tiene el animá

más que güesos y peyejo.

Hombre más duro no hay.

Verasté un viejo laino,

y se anda á pié más camino

que farta en dejaquí á Cai.

ESCENA IX.

DICHOS, el tío CHAFAROTE.

CHAF. (Desde el camino.)

Cabayeros... So... borrico.

(Entrando.)

¿Hay una poquita é agua?

GASP. (Mostrándole el cántaro.)

Entrusté.

CHAF. La pas é Dios.

sea en esta santa casa.

(Toma el cántaro y bebe.)

DIEGO. ¿Qué trae usté por ahí,

güen viejo?

CHAF. Señó, yegaba

á remojá aquí las flauses...

poique con la caminata

que traigo, er porvo é er camino,

y en cuando en cuando la carga

que, po aliviá á mi jumento,

me echo yo ensima é mi arma,

vení ya que no poía

echá é er cuerpo la palabra.

DIEGO. ¿Cuánta edá tiene usté, agüelo?

CHAF. Me paese á mí que fartan
siete años... pa cuatro duros.

- si es que mi cuento no marra;
y mu pronto cumpla años;
poique, sigun contaba
mi mare, yo había nasío
po er tiempo é las naranjas.
- DIEGO. ¿Y en qué buscasté la vía,
tan viejo y andando á pata?
- CHAF. Señor, traigo un borriquíyo
que aunque siego y cojo anda,
con ér y ese puñao é escobas
me busco er pan pa mi casa.
- DIEGO. ¿Y aónde va usté?
- CHAF. ¿Yo? Á Seviya,
que ayí las pagan caras.
- DIEGO. Digasté: ¿y á ese comersio
mucho jorná se le saca?
- CHAF. Conforme: unas veces gano
veinte reale en la semana,
otras veses veintisínco...
sigun er marchante anda.
- DIEGO. ¡Hombre, y con esa miseria
pasasté la vía!
- CHAF. ¡Vaya!
Y gracias á Dios que ajunto
siquiea pa un potaje é jabas.
(El Renegado se asoma á la puerta.)
- RUFO. Acá se encamina un coche.
- DIEGO. (Al Renegado.)
¿Viene árguien con él?
- REN. Ni un arma.
- DIEGO. ¿Quién viene aentro?
- REN. No se ve;
pero ya mu poco tarda!
- DIEGO. Pos anda y sal al camino.
¡Jél Cudiao á quien se martrata.
To er mundo aquí. ¿Oyes?
- REN. (Saliendo.) Ya están.
(Ap.) ¡Qué, si este hombre es una marva.)

ESCENA X.

DICHOS, ménos el RENEGADO.

DIEGO. ¡Jé! To er mundo á aquel rincon. (Lo hacen.)

(Á Consuelo.)

¡Vas tú ayí tambien, mi arma?

(Deteniéndola.)

Toito lo que yo aquí mande
con mi Consuelo no jabla,
que la reina en sus dominios
anda po aonde le da gana.
Vente aquí, vente á mi lao,
y lo que tú quieras manda;
que aonde está Diego Corrientes
eres tú... la soberana.

CONS. Po güeno: que er Renegao
á nadie daño le jaga.

DIEGO. ¡Na más que eso mandas tú?
Pos cuenta que si se esmanda
yo le enseñaré á tené
de un revés güena criansa.

ESCENA XI.

DICHOS, el RENEGADO, la MARQUESA, DOLORES, el CO-
CHERO. La Marquesa, enlutada, llorando y sostenida por
Dolores.

REN. Yo traigo aquí toa la gente.
¡Digo! ¿Entiendo yo las cosas?
Y las dos son güenas mosas,
y una paese que lo siente.
¿Por qué llorasté, salero? (Á la Marquesa.)
Si es que está usté viuita,
aquí hay una presonita...

DIEGO. (Al Renegado.) ¡Juan! Quitate é ahí ligero.
Señora, no yore usté, (Á la Marquesa.)
que aunque semo hombre perdíos,
pa tocarle á sus vestíos
no hay en er mundo poé.

Vamo, no hay ya que yorá,
porque yo quieo que usté entienda
que, en que á naide se le ofenda
tengo yo mi vaniá.
Disen que soy un ladron,
porque sargo á un ventofriyo
y le aligero er borsiyo
á argun grande señoron;
pero no isen, cuando voy
y me encuentro á un esdichao,
y lo que al rico he robao,
pa que se ampare, le doy.
Pa mí no hay noches ni dias,
ni hay invierno ni verano,
y casi tó lo que gano
se lo yevan las partías.
Eyas están bien conmigo,
porque mucho les conviene;
y er comendante que viene...
á los dos dias es mi amigo.
Conque, señora, ¿quíé usté
que yo debarde trabaje?

MARQ. Yo...

DIEGO. Pos venga el equipaje,
veremos lo que hay en é.
Anda, Juan, llégate tú
ar coche con er cohero.

COCHERO. Vengan ustés, cabayero;
no viene más que un baú.

(Váase el Renegado y el Cohero, y vuelven con
el baúl.)

MARQ. ¡Qué sed tengo! Yo me abraso.
¡Ay, me dan unos sudores!...
Sosténme, por Dios, Dolores. (Se desmaya.)

CONS. (Con ansiedad.)
Tío Gaspá, ¿aonde hay un vaso?

GASP. Ya voy por él.
(Váase y vuelve con un vaso.)

DOL. ¡Señorita!

CONS. (Con gran interés.)
¡Miste qué mala se ha puesto!
¡Jesú, yo no soy pa esto!

- Se ha desmayao la probesita.
- GASP. Paso, ya el agua está aquí.
- CONS. (Tomando el vaso.)
El dársela á mí me toca;
se la arrimaré á la boca,
que pué ser güerva en sí.
- REN. (Entrando.)
¡Po se ha armao poco estrupisio!
(Al Cochera, señalando á la Marquesa.)
¿Es de manteca, compaire?
Sacarla á que la dé el aire,
que eso es quejarse de visio,
aquí tó er dinero está.
(Después de contarle.)
- DIEGO. ¿Cuánto hay?
- REN. Cuatro mir quinientos.
¡Vaya! Tanto sentimiento,
como si fuera un caudá!
Ya tengo tirá la cuenta,
y aunque la ganancia es poca,
vamos, á ca uno le toca
dos mir dosientos sinuenta.
Esto er trabajo no paga...
¡Ah! tambien trae un reló.
(Reparando en uno que tiene la Marquesa.)
¡Y no lo había visto yo!
Ni tampoco esa tumbaga.
(Quita á la Marquesa el reloj y la sortija.)
¿Esto hay más? más vale así.
Si son finos, argo es.
Vaya ese reló pa usté, (Á Diego.)
y esa tumbaga para mí.
Chica está; eso ya se sabe.
(Intenta ponérsela.)
Si un poco más grande fuera...
Po señó á la fartiguera, (Se la guarda.)
que aquí tó lo ajeno cabe.
- MARQ. (Volviendo de su desmayo.)
¡Ay! ¿Dónde estoy? Yo no sé...
- CONS. ¿Quié usté más? (Ofreciéndole agua.)
- MARQ. (Con dulzura.) No necesito:
gracias.

- CONS. ¿Qué usted andá un poquito?
Vengasté, la llevaré.
(Le da un brazo y Dolores otro. Pasean.)
- DIEGO. Agüelo, arrimusté acá
ese borrico.
- CHAF. Al instante. (Sale.)
- DIEGO. Pongamelousté ahí elante.
(Diego toma el trabuco y se asoma á la puerta.)
Más serca. Güeno está ya.
Á ver si tengo güen tino.
(Apuntando afuera.)
Echesusté á un lao, hermano. (Á Chafarote.)
- CHAF. (Procurando detenerlo.)
¿Qué vasté á jase, cristiano?
(Llorando.)
¿Vasté á matar mi poyino?
- DIEGO. (Tirando.)
Le atravesé el corason.
(Un grito general de asombro.)
- CHAF. ¡Ha perdío usted á un infelí!
Ahora ¿qué va á ser de mí?
¡Virgen de Consolacion!
¡Ay, mis escobas ardiendo!
¡Muerto mi borrico está!
- DIEGO. ¿Conque se caya usted ya?
- JUD. (Ap.) Tal socorro... no lo entiendo.
- CHAF. ¡Me ha quitao usted mi probesa;
perdío me deja usted!
Peguemusté á mi tamié
otro tiro en la cabeza.
- DIEGO. Conque, callar; que conviene.
- MARQ. Quisiera sentarme.
- CONS. (Acercando una silla.) Aquí,
¿Se va usted aliviando!
- MARQ. (Sentándose.) Sí.
- CONS. (Ap.) ¡Dios mio, qué temblor tiene!
- MARQ. (Á Consuelo.)
Gracias, muchas gracias, hija.
¡Qué amable es usted! Parece...
- CONS. Señora, usted lo merece.
- MARQ. (Levantándose.)
Pero, ay, Dios! ¿Y mi sortija?

(A Diego y al Renegado.)
¿Dónde está, dónde? Yo imploro
vuestra hidalga proteccion;
arrancadme el corazon;
pero dadme ese tesoro.
Volvedme la prenda mia,
oro os daré si quereis,
y riquezas obtendreis
más que vuestro afan ansia.
Sólo conservo en el mundo
esa reliquia sagrada,
por las manos entregada
de un hermano moribundo.
¡Ay, cuánto para mí encierra!
Explicad vuestro deseo:
yo os daré... cuanto poseo
de valor sobre la tierra.
¡No me escuchan, no, Dios mio!
¡Ay, no conocen mi afan!

(El Renegado rie.)
¡Tigres! ¡Burlándose están
de mi ciego desvario!

(A Consuelo.)
Pero ¿qué miro? ¡Usted llora!
Usted, que es una mujer,
sabrás quizás comprender
la inquietud que me devora.
¡Oh! deje usted un instante
esas lágrimas correr,
que lleguen á enternecer
esos pechos de diamante.

CONS. (Llorando.)

Diego, tu lástima imploro.

DIEGO. No digas más, arma mia.
¿Quién había é pensar que había?...
¿Lo ves?... Si yo tambien yoro.
¡Cuánta vergüenza me da!
Mañana dirá esa gente
que ha visto á Diego Corriente
como á una mujer yorá.
Pero aunque me ven que estoy
yorando, si árguien pensó

que era más hombre que yo;
 qué sarga, le iré quién soy.
 Señora, tengo yo un pecho...
 Pero ¿qué le viáste á isí?
 Miste: ha jecho usté de mí
 lo que naide hubiera jecho.
 Soy hombre que no masusto
 de un regimiento á cabayo,
 ni de senteyas ni rayo:
 pa mí to viene á lo justo:
 Pa lo malo y pa lo güeno
 grande es er corason mio.
 Si er mundo se hubiá jundío,
 me hubiá usté visto sereno.
 Pero en mis ojos no mando;
 y soy de tar calía,
 que en viendo á alguno yorá,
 ya me tiene usté yorando.
 ¿Qué más quíe usté que yo jaga?
 Esa prenda que usté estima
 la va usté á tené ensima.

(Al Renegado.)

Juan, echa acá esa tumbaga.

REN. ¿Yo, por qué la he é dá? Eso no...

DIEGO. (Amenazándole.)

Como un instante se etenga...

REN. (Dándole.)

Tómela usté... ¡Már fin tenga!...

DIEGO. Cáyate, ó te caye yo.

(Á Consuelo.)

Toma, dásela tú, chacha:

ya que te empeñas, mujer,

la señora no ha é perder

ni tampoco una jilacha.

CONS. (Dando la sortija á la Marquesa.)

Tomusté, y usté perdone:

lo que usté sufrió se siente.

Sepasté que entre esta gente

tamié hay güenos corasone:

MARQ. ¡Feliz respira mi pecho!

(Á Consuelo.)

Venga usted, la abrazaré.

Jóven, nunca olvidaré
este bien que usted me ha hecho.

DIEGO. (Contando y poniendo dentro del baul de la Marquesa.)

Ayá va er dinero ahora:
yevasté lo que traía!

MARQ. No; yo os regalo...

DIEGO. Sería
eso mu feo, señora.

¿No eran cuatro mir y un pico?

Po ahí está ya to er dinero.

La parte é mi compañero

la pongo yo é mi borsico.

Otavia farta er reló.

(Dándoselo á la Marquesa.)

Ea, ya salimos der paso.

Yo sé, cuando llega er caso,
quear tambien con honó.

MARQ. (Dévolviéndoselo.)

Ahora yo suplico á usted
que como prenda lo admita
de gratitud.

DIEGO. ¡Señorita!...

MARQ. Me hará usté en ello merced.

DIEGO. (Tomándolo.)

Lo tomaré, bien está;

pero será un cambio ar meno.

(Dándoselo.)

Vaya otro; si ne es tan güeno,
es dao con voluntá.

REN. Jeñó Diego...

DIEGO. No me jable.

Véte tú á buscar la vía;

que no quiero á la vera mia

nengun hombre miserable.

(Al tio Chafarote.)

Agüelo; vengasté acá.

Vayan dies onsas é oro.

(Dándoselas.)

CHAF. (Asombrado.)

¿Pa qué quieco yo ese tesoro?

DIEGO. No le vendrásté mu má.

Con los años que usté tiene,
necesita un avío,
pa dí y pa vení subío
que eso es lo que le conviene,
Y si una bestia é poer
no mercasté luégo, luégo,
como la otra ardió en er fuego,
lo mesmito vasté á arder.
¡Verlo á usté me daba grima!

CHAF.

¡Vaya un moso liberá!
¡Ay, que me ha quitao usté ya
veinte y sinco años de ensima!

MARQ.

(Á Consuelo.)

Donde quiera que yo esté
seré de usted protectora.

CONS.

Ná me debusté, señora.

MARQ.

¿Qué he jecho yo por usté?
¡Oh! Más de lo que usted piensa.
Y aunque así no se descifra,
(Mostrándole la sortija.)

sepa usted, que de esta cifra
pende una fortuna inmensa.
Yo iré á Sevilla, y no en vano;
que en el corazon presiento
que he de encontrar al momento
la hija de mi pobre hermano.

DIEGO.

(Señalando á D. Rufo.)

Tío Gaspá, que baje ese hombre.

MARQ.

Quizás desvalida está,
y por mí recobraré
riquezas, familia y nombre.
Sí, angelical criatura:
conmigo en tierno desvelo
eternos votos al cielo
hará por vuestra ventura.

¡Irá usté á verme? He pensado
que de algo le serviré.

CONS.

¿Y por quién preguntaré?

MARQ.

Por la Marquesa del Prado.

JUD.

(Ap.) ¡Cielos! Esa es la marquesa.
Si la conoce, á fe mia,
que todo se perdería!

¡Lo que he hecho cuánto me pesa!
Pero yo en vano me aflijo.
Aún no está perdido todo.
Saldré bien de cualquier modo,
si á ella tambien me dirijo.
Ahora con ella me iré,
trabando conversacion,
y de mi buena intencion
al fin la convenceré.

DIEGO. (Al tío Chafarote.)
Usted ya sacó su astiya.
Con que najá, y al avío,
¿Pa ónde va usted?

CHAF. ¿Yo? É seguí
voy á encamparme en Seviya.
Señores, ya estoy ayá,
más pronto que er mesmo viento.
¡Viá comprá er mejor jumento
que pasée la siudá! (Váse.)

DIEGO. (Á Consuelo.)
Cuando tú quieras, princesa.
(Á la Marquesa y á Dolores.)
Señoras, vamos ar coche,
que va yegando la noche.
(Dándole una moneda.)
Calesero, á la calesa.
(Dándole otra.)
Tomusté ayá, tío Pelao.
Ya se me acabó er dinero.
Pero yo ¿pa qué lo quiero,
si aonde voy to está pagao?
(Dirigiéndose á todos.)
Éa uno sarga pa onde quiera.
¡No hay quien me tosa en España!
(Á Consuelo y á la Marquesa.)
Vamos; jaré á ustedes compañía
jasta las tapias de Utrera. (Váse.)
(Se oyen las campanillas y las ruedas al partir de
los carruajes.)

ESCENA XII.

D. RUFO, el RENEGADO.

- RUFO.** (Entrando.)
¡No sé cómo un chicharron
no me he hecho en la chimenea!
- REN.** (Mirando á la puerta y sin cuidarse del que le escucha.)
Ebajo é er buchí se vea,
sin arcansá confision!
¡Por Dios, que si no mirara!...
¡Á mí, á Juan er Renegao,
otro hombre le ha sacao
los colores á la cara!
- RUFO.** (Ap.) Me parece que este hombre
reniega del compañero.
- REN.** ¡Echándola é cabayero!
¡Pues por er santo é mi nombre!...
Me lo echó en caro al instante,
valió é su poé.
Se hiso piesa... ya se ve,
estaba la mosa elante...
¡Po señó, ha estao güeno er dia!
¡Juan, lusiito has queao!
¿Vaya que no me he cansao
yo jasta ahora de esta vía!
- RUFO.** Amigo, mal lo trató
á usted el señó Corriente.
- REN.** ¡Qué quié usted! Se jiso gente,
y... vamos, mavergonzó.
¡No ha estao mu mala la danza!
Pero yo le seguiré
y argun dia le diré...
- RUFO.** ¿Quiere usted tomar venganza?
- REN.** ¡Si quiero! Ese es un insurto.
No tengo más sentimiento...
- RUFO.** Si usted ayuda mi intento
le proporciono el indulto.
- REN.** (Ap.) ¡Qué quedrá de mí este ente?
- RUFO.** Será usted afortunado.

- Sabe usted que pregonado
está ya Diego Corriente.
- REN. Y bien: qué tengo é jaser?
Digasté en qué pueo servir.
Lo úrtimo será morir,
y eso arguna ves ha é ser.
- RUFO. (Con misterio.)
Si usted obra con firmeza
en nuestras manos caerá;
y á usted se le entregará
el precio de su cabeza.
Dos mil doscientos ducados,
y yo otro tanto le doy;
usté es feliz, yo lo soy,
y ambos quedamos vengados.
¿Conviene?
- REN. No hay noveá.
- RUFO. Á Utrera.
- REN. Vamos andando.
- RUFO. Los dos iremos pensando...
No se nos escapará.
- REN. Se lo juro po ese sielo.
- RUFO. Aún queda otra cosa.
- REN. ¿Á ver?
- RUFO. ¿Conoce usté á esa mujer
que aquí se hallaba?
- REN. ¿Á Consuelo?
- RUFO. Mucho.
- REN. Tiene un relicario
que es fuerza que yo posea.
- RUFO. Pagándomelo, aunque sea
me echo yo por un campanario.
- REN. Yo con tal que me vengues...
- RUFO. Sirvió usté queará.
(Dirigiéndose á la puerta.)
Pairino, vamos ayá,
manque me yeven los mengues. (Salen.)

ACTO SEGUNDO.

Casa pobre que representa la habitación de Consuelo. Á la izquierda del actor una alcoba, cuya puerta cubre una cortina blanca. Á la derecha una puerta que da á las habitaciones interiores y á la calle. Junto á la puerta una mesa, y sobre ella una imagen de la Virgen de Consolación, á cuyos lados arden dos velas sobre candeleros de barro. Varias sillas. Un arca de madera, algunos otros muebles colocados con orden, y una guitarra colgada en la pared. En el fondo una ventana grande, sin reja, que da á un corral, cuyas tapias, poco elevadas, se ven iluminadas de cuando en cuando por los relámpagos. La tempestad sigue hasta acabar el acto. Al levantarse el telon la escena está desierta. Se ve un relámpago y se oye un trueno. Consuelo exhala un grito dentro de su alcoba y sale des-
pavorida.

ESCENA PRIMERA.

CONSUELO.

¡Otra vez! Virgen María!
Ya tanto soñar me espanta!
Y los relámpagos siguen...
y los truenos no se acaban...
¡Madre, madresita mia,
yo no sé lo que me aguarda,
que estoy temblando de susto
y hasta el aire aquí me farta!
No sé qué tengo; me ajogo.
Voy á abrir esa ventana.

por ver si el aire refresca
mis sienes, que se me sartan.
(Abre la ventana.)
¡Qué temporal! ¡Qué sirbíos
da er viento ar mover las ramas!
¡Dios quiera que mis temores
no tengan arguna causa;
que á veces, durmiendo el cuerpo,
está muy despierta el alma!

ESCENA II.

CONSUELO, la tía LUISA, que entra.

LUISA. ¿No te has acostao otavía?
¿Qué estás jasiendo, Consuelo?

CONS. Con la tormenta me esvelo;
no pueo dormí, madre mia.

LUISA. ¡Jesú, qué noche, Jesú!
Yo ya me hubiera acosta o
si no hubiera reparao
en que otavía tenías lú.
Yo dije: ¿si la chiquiya
resando se habrá dormío!

CONS. No señora, que he tenío...

LUISA. ¿Qué, hija, qué?

CONS. Una pesaiya.

Verasté: asin que resé
la sarve, que siempre reso,
dí á mi relicario un beso
y al instante me acosté.
Apenas caí en la cama
me queé ar punto dormía;
y en esto, á la vera mia
siento una voz que me yama...

LUISA. ¡Una voz! ¡Por san Macario!

CONS. Güervo la cara y me ví
á un hombre que dijo así:
«¡Dame acá ese relicario!»

LUISA. ¡Ay!

CONS. Yo quería gritar,
pero la voz me fartó,

y el hombre á reir se echó
cuando yo me eché á yorar.
«¡Dámelo!» otra vez gritaba;
y como yo resistiera,
se puso... ¡Ve usté una fiera!...
¡Madre, qué susto me daba!
Luégo, un basilisco jecho,
á mí se asercó velós,
y con una furia atrás
me lo arrebató der pecho.
Y salió con ér volando
sin saber po aonde se fué,
y yo durmiendo queé,
pero durmiendo y yorando.
Me serené un poco, luégo
que tranquila estaba ya,
gorví otra ves á soñá.

LUISA. ¿Con qué soñabas?

CONS. (Llorando.) ¡Con Diego!

LUISA. No yores, Consuelo; mira,
no te aflijas tú por eso.

CONS. ¡Ay, soñé que estaba preso!...

LUISA. ¡Qué! Er sueño es una mentira.

CONS. ¡Madre, me ajoga la pena!

Soñé que á la carse fi,
y que entre jierros te ví
con su griyo y su caena.
Á una ventana asomae
yo le miré, madresita,
pidiendo una limosnita
pa los pobre encarselao.
Y de su caena ar son
unas saetas cantaba
con una vos... que yenaba
de angustias mi corason.
Luégo ví las esportiya
con que salían á peir
po un hombre que iba á morir
y que ya estaba en capiya.
Me acerco al instante ayá
y oigo desí entre la gente.
«¡Po el arma é Diego Corriente,

á quien van á justisiá!»
Apenas esto escuché
pegué un grito tan atrós,
que me despertó la vos
y en mi cama me encontré.
Me orví de que soñaba;
mis ojos eran un río,
y er corason encogío
respirar no me dejaba.
Entónse abajo me eché
de la cama, ensendí lus,
y á la Madre de Jesús
de veras me encomendé.
¡Ay Madre! ¿será verdá
todo lo que en mi sueño ví?

LUISA.

Er relicario está aquí.

CONS.

¿Y Diego, aónde estará?

Le dije que no viniera
esta noche, y me ha pesao.

Quizás ni ebajo é techao
estará. ¡Quién lo supiera!

LUISA.

Vamos: acuéstate á dormí
y apaga las luses luégo,
que si hoy no viniere Diego
lo tendrás mañana aquí.

CONS.

¡¡Mañana!... Y pasará un día,
y en ese día quisá!...

LUISA.

Güenas noches: me voy ya.

CONS.

Güenas noches, madre mia.

(Abrazándola. Pausa.)

ESCENA III.

CONSUELO sola.

Se fué: ya estoy sola...
sola en mi quebranto...
ya mi triste llanto
dejaré correr.
Lagrimitas mias,
correr por mi Diego.
¡Cuar gotas de fuego

las siento caer!
Pa mí no hay consuelo,
porque son mis penas
más que las arenas
que contiene el mar.
No encontraré alivio
ya jasta la muerte;
que es mi triste suerte
querer y llorar.
No tengo sosiego
siquiera una horita,
ni una madresita
que me dé calor.
Si de mí se acuerda,
pa quererme, un hombre,
jasta esir su nombre
me causa dolor.

(Arrodillándose ante la Virgen.)

¡Ay, sólo tú, madre mía,
en medio de mi agonía
consuelo á mis penas das;
y por eso me verás
resándote noche y día.
No es por mí por la que yoro,
aunque me siento afligir,
ni por mi dicha te imploro;
sólo te vengo á peir
po el hombre que tanto adoro.
Escarsa un año andaré,
si tú libras á mi dueño;
mi cama arrecogeré
y en eya no probaré
siquiera una horita er sueño.
Si mis lágrimas bastáran
pa quitarlo de esa vía
mis ojos no se enjugáran;
por mis mejillas bajáran
dos fuentes de noche y día.
Yo me estaré en un ensierro:
yo vestiré negro luto,
porque ér conosca su yerro;
y si quieres más tributo,

me echaré en la cara un jierre.
¡Óyeme, por compasion!
Consuélame en mi afision,
y ampáralo, madre mia:
si le arcansas su perdon,
muero contenta ese dia. (Pausa.)
¡Y está la ventana abierta.
(Asomándose á la ventana.)
¡Qué noche... qué noche tan!...
(Llaman á la puerta.)
¡Estará mi madre ispierta?
Suenan gorpes.

LUISA. (Dentro.) Ayá van.

CONS. ¡Ay, que llaman á la puerta!
(Se pone á escuchar.)

Esa voz... ¡Virgen María!

¡Ay, de Juan er Renegao!

Temo... No sé qué jaría.

LUISA. (Dentro.) Eya tiene luz teavía.
(Entrando.)

¡Ves tú? Si no se ha acostao.

(Consuelo se asusta. El Renegado entra con recelo.)

ESCENA IV.

CONSUELO, la tia LUISA, JUAN el RENEGADO.

CONS. (Al Renegado.)
¡Qué trae usted?

REN. ¿Qué?
LUISA. De Diego
trae una rason.

CONS. Pues vaya:
¿qué jase que no la da?

REN. Vamos aspasio, mi arma.

LUISA. (Al Renegado.)
¿Te han visto entrar?

REN. No, señora.

LUISA. Pus yo voy mientras acabas
á isirle eso á mi Consuelo,
á asomarme á la ventana,
no sea que pase una ronda

y tengamos fiesta en casa.
REN. Jasusté bien, tia Luisa.
LUISA. Avisame cuando sargas
pa abrirte con gran cuidiao
la puerta, pa que te vayas. (Vase.)

ESCENA V.

CONSUELO, el RENEGADO. Esta escena requiere mucha intencion de parte del Renegado.

CONS. ¿Conque... acaba usted é isí
la rason que á traer viene?
REN. ¿Usted mucha priesa tiene?
Po yo estoy aspasio aquí.
CONS. ¿Viene usted á paliqueá?
Ea, pos acabusté pronto.
REN. ¡Ya!
CONS. ¡No está el hombre mu tonto! (Pausa.)
¿Es usted muo?
REN. Quisá.
CONS. Pos misté que ya es mu tarde,
y está la noche mu mala.
REN. ¿Se yueve acaso esta sala?
Si árguien me espera que aguarde.
CONS. Se jase usted muy gracioso,
y es osté muy esaborío.
¿Disusté pa qué ha venío?
REN. ¿Yo? Pa ná, cuerpo jermoso.
CONS. Po sargasusté ligero,
y plantesusté en lo el rey.
REN. ¡Vivan las mosas con ley!
Eso será, si yo quiero.
CONS. Po miste que viá dar vose,
si usted no sale. ¿Que grito!
REN. (Mostrándole el trabuco.)
Misté qué caramelito
traigo, por si alguno tose.
Conque, sonsi, y más pasensia,
jeñá Consuelo, ¿está usted?
CONS. ¡Porque soy una mujé
satrevusté á armá pendensia!

- REN. ¿Siempre es usté tan valiente?
¿Me estasté sortando quina?
- CONS. Po si es usté una gayina
elante á Diego Corriente.
- REN. Vamos, salero, que er nombre
paese que sale der pecho.
¿Le entró á usté por el ojo erecho?
¿Qué afortunao es el hombre!
- CONS. ¡Jesús! Estoy que reviento.
Señó Juan, ¿se va usté ya?
- REN. Si estasté mu sofocá,
pongasusté aonde entre er viento.
- CONS. ¡Diego qué le ha dicho á usté?
- REN. ¿Acaso er me ha visto á mí?
- CONS. ¿Po entónse qué trae usté aquí?
- REN. Ar fin lo va usté á sabé.
De Diego aquí no se trata.
- CONS. Po bien: entónse ¿á qué viene?...
- REN. Me han dicho á mí que usté tiene
un relicario de plata...
- CONS. Y eso que tiene que ver
conque usté venga ahora aquí?
- REN. Es que me viá convertí,
y esa prenda quió tener.
- CONS. (Ap.) ¡Dios mio! ¿Será verdá?...
¡Estoy ispierta ó es sueño!
- REN. ¡Jablusté pronto, mi dueño:
¿viene esa reliquia ya?
- CONS. ¡Virgen de Consolacion!
- REN. Vamos, y no hay que molé.
- CONS. Primero consentiré
arrancarme el corason.
- REN. Dos sendas tiene usté enfrente;
tomar una es necesario;
ó me da usté el Relicario
ó muere Diego Corriente.
Su suerte en mi mano está,
lista tengo una partía.
Con que, su muerte ó su vía.
Usté lo va á sentenciá.
- CONS. (Con exaltacion.)
¡Oh! No, que viva. Primero

- mi sangre por él daré,
y gustosa entregaré
la prenda que tanto quiero.
(Lo saca del pecho.)
- REN. Pos venga: que es tarde ya,
y quiezo salir de estampía.
- CONS. ¡Anda con Dios, prenda mía!
Déjemele usté besá.
(Lo besa.)
Si en otras manos te entriego,
lágrimas de sangre yoro.
Tú vales para mí un tesoro;
pero ¡ay! vale más mi Diego.
(Entrega el relicario.)
- VOZ. (Se oye una voz que canta.)
Lusero del arma mía,
mañanita ó primavera,
mira que ya viene er día,
y que tu amante te espera:
ispierta si estás dormía.
- CONS. (Sobresaltada.)
¡Dios mío! Diego está ahí.
- REN. ¡Qué me isusté, criatura!
(Dirigiéndose á la puerta.)
¿Y está echá la serraura?
(Llamando.)
¡Tía Luisa! abra usté aquí!
¡Mala peste!... ¡Se ha dormío!
- CONS. ¡Si un hombre en mi cuarto ve!...
- REN. Güeno: yo me esconderé.
- CONS. ¡Aónde lo escondo, Dios mío?
- REN. De hacerle daño no trato;
pero... Á la arcoba me voy.
Si le ise usté que aquí estoy,
de un trabucaso lo mato.
(Se esconde en la alcoba.)

ESCENA VI.

CONSUELO, DIEGO, despues el RENEGADO. Diego entra por la ventana embozado en su manta, y con el traduco debajo del brazo.

- CONS. (Turbada.)
Tan tarde no te esperaba.
- DIEGO. (Con intencion.)
Pos aquí estoy: ¿qué quíes tú?
¿Qué jasas, qué tenías tú?
- CONS. ¿Qué tenía é jasé? Resaba.
- DIEGO. ¿Resabas, eh? ¿Quiés cayá?
- CONS. ¿Estás enfao aquí conmigo?
- DIEGO. ¿Quién estaba contigo
que te ayudaba á resá?
- CONS. ¿Conmigo? Tú estás soñando.
- DIEGO. Consuelo, estoy mu ispierto;
y esa angustia que en tí advierto
ya qué peusar me va dando.
- CONS. ¿Esconfias tú de mí?
- DIEGO. Yo no tengo esconfiansa;
pero, mujé, esa tardansa...
- CONS. Diego, si no te sentí.
- DIEGO. Te encuentro tan conmovía...
Luégo esa ventana abierta,
y tú estás ahora ispierta,
y á más é ispierta vestía...
- CONS. ¡Tú te piensas mar de mí!
¿Qué tiene é particulá
que me pusiera á resá
cuando no podía dormí?
Diego, eso me martiriza.
(Ap.) Yo la verdá le dijera,
pero si el otro la oyera...
- DIEGO. Dime: ¿Aónde está tia Luisa?
- CONS. Creo que estará acostá.
- DIEGO. Es que cuando ya sartaba
árguien contigo jablaba.
- CONS. Pero ¿quién había é jablá?
- DIEGO. Ar pronto no jise apresio...

- CONS. Vamo, eso mi vos sería
que como naide me oía,
estaba resando erresio.
Diego, me lo pues creé.
- DIEGO. Pue ser que fuera.
- CONS. Sí, sí.
- DIEGO. Pero la vos que yo oí..
¡Qué! no era vos de mujé.
Consuelo, dí lo que haiga,
que me tienes ya ensendío.
- CONS. ¿Qué tengo é isirte? ¡Dios mio!
- DIEGO. (Ap.) ¡Si es verdá, Cristo le vaiga!
- CONS. Diego, ¿á qué son esas quejas?
- DIEGO. (Con misterio.)
Es preciso andar mu lista,
porque hay ventanas con vista
y paeres con orejas.
De poco sirve esconderse,
que, ¿sabes lo que resurta?
Que aqueyo que más se ocurta
más pronto viene á saberse..
Oye, y esto no te asombre,
siempre hay árguien que nos ve,
y tambien como tú, sé
que entro é esta casa hay un hombre.
- CONS. (Arrodillándose.)
¡Ay, ten de mi compasion!
- DIEGO. ¿Y hay quien se fie en mujeres!
- REN. (Saliendo con el trabuco á la cara.)
Dáte preso, si no quieres
que te abraze er corason.
(Consuelo da un grito y cae desmayada.)
- DIEGO. Tira; nunca te he temío.
(Diego va á preparar el trabuco; el Renegado tira y no da fuego: entónces arroja el arma y se echa á los piés de Diego.)
- REN. Como dé un paso más, arde.
- DIEGO. ¡Tira ya!
- REN. ¡Perdon!
- DIEGO. (Apuntando.) ¡Cobarde!
Á ver si ahora farta er mio.
- REN. ¡Perdon!

- DIEGO.** (Retirando el trabuco.)
Es Diego Corriente
el hombre que te ha apuntao.
Levanta: estás perdonao.
Esto lo jase un valiente.
- REN.** (Con humillacion.)
Jeñó Diegol...
- DIEGO.** No hay disculpa.
Vete, y que te ayne Dió.
La mujer que te armitió
es la que tiene la culpa.
- REN.** (Ap. amenazando.)
¡Estuve esgrasiao: me jundo!
Voy, que asperando me están...
- DIEGO.** ¡Este es er pago que dan
las mujeres en er mundo!
(Da un empujon á la puerta y la abre.)
Franca tienes la salía.
Anda; y ten siempre presente
que sólo á Diego Corriente
es á quien debes la vía.
(Váase el Renegado.)

ESCENA VII.

DIEGO, CONSUELO, que sigue desmayada hasta donde el
diálogo lo indica.

- DIEGO.** (Dirigiéndose á Consuelo con un puñal.)
¡Perra, ahora vas á morí:
tu infamia vas á pagál...
Pero... ¿me voy yo á manchá
(Arroja el puñal.)
en una sangre tan ví?
(Contemplándola.)
Estas las mujeres son:
con salamerías vienñen
disiendo que uno lo tienen
metio en el corason,
y en yegando la ocasion,
to lo que han dicho se orvía:
son viento que corre un dia,

veleta que pronto múa...
Venden lo mesmo que un Juá
al hombre que en ellas fía.
¡Consuelo, quién lo pensara!
¡Y yo que en su amor me fié!
Si yo fuera una mujé
su negra sangre erramara;
er corason le arrancara
gosándome en su agonía...
Pero... ¡que viva! Argun día
yorando se acordará.
Tambien sabe perdoná
quien de una mujer se fía.
Tu farseá conosí:
sueño tu cariño fué,
ar cabo me esengañé;
jaré cuenta que dormí.
Todo lo vine á escubrí
cuando ménos lo creía;
cuando la esperansa mia
un sielo me había mostrao...
Ar fin el pago he sacao.
¡Ay der que en mujeres fía!
Adios, marchita esperansa,
flor que en el alma cresió,
y que ar cabo deshojó
er viento de la muansa;
te quise, en la confiansa
de que tu amor meresía;
cuando á tus brazos corría,
tú echaste sin compasion
veneno en mi corason...
¡Ay der que en mujeres fía!
Adios, ingrata mujé;
argun día, sin consuelo,
quisá peirás ar sielo
que te güerva mi queré;
yorando yo te veré
y te diré en ese día:
«Juye de la vera mia,
pa tí ya no hay esperansa,
que ya sé er premio que arcansa

- quien de una mujer se fia!...
- CONS. (Volviendo de su desmayo.)
¡Diego!... ¡Diego!... ¡Aónde estás!
¡Por Dios! ¡Ay! ¡Juye de aquí!
- DIEGO. Diego no sabe jui
ni gorré la cara atrás.
- CONS. ¡Ay! (Mirando á la alcoba con espanto.)
- DIEGO. ¡Lástima es que te asombre!...
- CONS. (Poniéndose detrás de Diego y señalando á la alcoba.)
¡Estoy dormía ó despierta?
¡No te arrimes á esa puerta!
¡No te arrimes, que hay un hombre!
- DIEGO. ¡Un hombre! Premita el sielo...
Adios: no quieo sufrí más.
(Se dirige á la ventana.)
- CONS. (Deteniéndole.)
¡Diego, Diego! ¡Aónde vas?
- DIEGO. Déjame salir, Consuelo.
Ya que lástima he tenío,
¿qué más esperas de mí?
- CONS. No, tú no sales de aquí
sin escucharme, bien mio.
- DIEGO. Ya ese tiempo se acabó.
Ni bien ni mal pueo yo ser,
Consuelo, pa una mujer
que, como tú, me vendió.
¡Déjame ya! (Procurando salir.)
- CONS. Ni tampoco
quiés escucharme: lo veo.
- DIEGO. ¡Caya, caya; porque creo
que voy á gorverme loco!
Tanta es mi rabia, que apenas
sé lo que pasa por mí.
Un infierno siento aquí.
(Llevándose la mano al corazon.)
La sangre jierve en mis venas.
- CONS. Óyeme siquiera, Diego,
óyeme, por tu salú;
po aquer que murió en la crú
en roiyas te lo ruego.
- DIEGO. Vanas tus palabras son,

y de ná te servirán;
que eyas tan farsas serán
como lo es tu corason.
¡Perden quierres!

CONS. No lo imploro,
ni en que me lo des consiento.
No son de arrepentimiento
estas lágrimas que yoro.

DIEGO. Levanta.

CONS. ¿Me escucharás?

DIEGO. ¡De mi pasensia reniego!

CONS. Óyeme y mátame luego.

Ahora mi culpa sabrás.

Si ves que en ello hay malisia,
yo me entrego á tu furor.

(Ruido dentro: algunos hombres armados á la
puerta.)

DIEGO. ¿Quién va ayá?

VOZ. (Dentro.) El corregidor.

¡Paso franco á la justicia!

DIEGO. Veremos si al mio iguala
su valor.

CONS. Juye al instante.
Vete, ó me pongo aquí elante
que me atraviese una bala.

DIEGO. (Desde la ventana.) ¡Abre!

(Los de la ronda entran, forzando el cerrojo.)

CONS. ¡Ah!

DIEGO. ¡Soy Diego Corriente!

(Los de la ronda retroceden espantados, mientras
Diego gana la tapia.)

COR. (Dentro.)

¡Y no habrá quien lo persiga!

DIEGO. (Saltando.)

Quien sea capás que me siga.

¡Jála, cabayo valiente! (Vase.)



ESCENA VIII.

CONSUELO, el CORREGIDOR, varios hombres de la ronda.

D. RUFO y el RENEGADO, que forman un grupo aparte.

Después la tía LUISA!

HOMB. 1.º Huyó.

COR. ¡Diligencia vana!

Al fin se nos escapó.

¿Pero por dónde salió?

¿Visteis?

HOMB. 2.º Por esa ventana.

HOMB. 1.º Aquí una mujer está.

CONS. ¡Señor! (Adelantándose.)

COR. ¿Qué hacía aquí ese hombre?...

Dígame al punto su nombre.

CONS. Ér mesmo lo dijo ya.

COR. ¿Y no tiene usted presente
que es un hombre pregonado,
y que el que ampara á un malvado
también se hace delincuente?
Él se fugó...

CONS. ¿Á quién le pesa?

COR. Á usted pesará, señora;
porque como ocultadora
de un criminal, irá presa.

CONS. (Llorando.)

¡Yo presal

COR. No es maravilla.

LUISA. (Entrando.)

¡Ay, Virgen de la Merced!

COR. (Á Consuelo.)

Mañana mismo irá usted
á la cárcel de Sevilla.

LUISA. ¡Dios mío! ¿Qué es lo que pasa?

Dímelo pronto, hija mía;
que tú estás tan afregia,
y la justicia en mi casa?

¡Tú presal! ¿Por qué rason?

COR. Porque culpa ha cometido.

CONS. ¿En qué?

COR. En haber consentido

- dar albergue aquí á un ladron.
- LUISA. Señó, por la Virgen pura,
que eso no pué ser así.
¡Es capás de tené aquí
ladrone esta criatura?
Miste; yo que la he criado, (Con afectacion.)
¡sabré lo que es mi Consuelo?
Vamos, esto clama ar sielo,
usté está diquivocado.
Y además...
- (Sigue hablando por lo bajo.)
- RUFO. (Al Renegado, llevándole aparte.)
Ven hácia aquí.
Dime lo que has conseguido.
- REN. Tó.
- RUFO. ¿La paloma en el nido
estaba?
- REN. ¿Otra ves? Que sí.
- RUFO. ¿Con que traes el relicario?
- REN. El relicario aquí está.
Lo daré, si usté me da
lo ofresío.
- RUFO. Es necesario...
ir á mi hacienda para eso.
y como está así la noche...
- REN. Tengo un cabayo, usté un coche,
y el agua no rompe güeso.
- RUFO. Pues al punto, si ha de ser.
- REN. Al instante, si es por mí.
- RUFO. Preciso es que estés allí
ántes del amanecer.
¿Sabes ir allá?
- REN. ¡Pues no!
Siguiendo el camino alante...
- (Ap.) (Luz darás, viejo tunantel!) (Váase.)
- RUFO. (Id.) (¡Allí te arreglaré yo!)
(Al Corregidor.)
Mi Corregidor y amigo,
si hay algo que declarar,
mi nombre puede usted dar,
iré á servir de testigo.
- COR. Gracias, es cosa sencilla.

RUF0. Sin embargo, no repare...
 COR. Si falta álguien que declare,
 podrá usted hacerlo en Sevilla,
 (Váase D. Rufo.)

ESCENA IX.

CONSUELO, el CORREGIDOR, la tía LUISA. Hombres de la
 renda, despues la MARQUESA, D. JUDAS.

COR. (Á Consuelo.)
 Conque arregle usted ligero
 lo que hubiere de llevar.
 CONS. (Llorando.)
 ¡Dios mio!
 COR. No hay que llorar.
 CONS. ¡Señor!
 COR. Yo soy muy severo.
 No haga usted que mucho aguarde.
 JUD. (Á la Marquesa, entrando.)
 Ya la justicia está aquí.
 MARQ. (Á D. Judas.)
 Mucho me temo, ¡ay de mí!
 que abremos llegado tarde.
 (Al verla.)
 ¡Consuelo!
 (D. Judas habla con el Corregidor.)
 CONS. (Arrojándose en sus brazos.)
 ¡Es usted, señora,
 ó sueño?
 MARQ. No es ilusion.
 CONS. ¿Qué santo é mi evosion
 aquí en camina á usted ahora?
 MARQ. Cuando no te conocía,
 mi amparo quise ofrecerte:
 ahora vengo á socorrerte,
 porque tu sangre es la mía.
 CONS. ¿Qué dise usted?
 MARQ. Que no en vano
 por tí sentí aquel desvelo...
 Alza la frente, Consuelo:
 tú eres la hija de mi hermano.
 LUISA. ¡Dios mio, qué confusion!

- ¡Qué cosas pasan aquí!
- CONS. (Á la Marquesa.)
Usted es mi sangre: sí, sí;
me lo dice el corazón.
- JUD. (Ap. á la Marquesa, separándose un momento del Corregidor.)
Miro que echáis en olvido
lo que puede interesar...
y es preciso preguntar
si los otros han venido.
- MARQ. (Á Consuelo.)
¿Quién ha estado aquí esta noche?
- CONS. De tó le daré á usted cuenta.
Primero aquer que en la venta...
er que sacó á usted der coche?
- MARQ. ¿Estuvo aquí? ó infausta suerte!
Dime, un relicario?...
- CONS. ¡Ay, Dió!
- MARQ. ¿Dónde está?
- CONS. Me lo arrancó:
libré á mi Diego de la muerte.
- MARQ. ¡Qué! ¿Diego los llegó á ver?
¿Vino?
- CONS. Sí, señora, sí;
pero se escapó, y á mí
por eso me quien prender.
- MARQ. No harán tal.
- COR. Mi obligacion
siempre severo he cumplido.
El crimen ha cometido
de ocultar aquí un ladrón.
- MARQ. Pues que yo me he interesado,
será usted benigno ahora.
- COR. Pero usted, ¿quién es, señora?
- MARQ. Soy la Marquesa del Prado.
- COR. Muchas consideraciones
ese nombre me merece:
mas lo que usted apetece
no está en mis atribuciones.
- MARQ. Nunca la clemencia humilla.
- COR. Usted en vano se afana.
Preciso es que esté mañana

- en la cárcel de Sevilla.
MARQ. Á lo ménos, un favor...
COR. Si puedo hacerlo me obligo...
MARQ. Un día más, é irá conmigo
en mi coche. Es más honor...
COR. Para mi seguridad
sabe usted que se requiere...
MARQ. La escolta que usted quisiere...
detrás del coche.
COR. Es verdad.
MARQ. (Á D. Judas.)
Ahora es preciso acudir
en busca del relicario.
Lo que hacer es necesario
diré á usted ántes de partir.
CONS. (Llorando.)
¡Yo en la cárcel!
MARQ. Ese llanto
no lo trates de enjugar,
si en algo puede aliviar,
hija mia, tu quebranto.
(Al Corregidor.)
Cuando gusteis, disponed.
LUISA. ¡Hija!
MARQ. (Á la tia Luisa.)
Usted hace falta aquí.
Cuando usted deba ir allí
yo enviaré por usted.
CONS. (Abrazándose á la tia Luisa.)
¡Madre!
MARQ. Que es tarde, acabad.
LUISA. (Llorando.)
¡Me se parte el corason!
CONS. (Id.) La Vírgé é Consolasion
me dará la libertad.
MARQ. Al fin la inocencia brilla
y pura se ve lucir.
¡Mucho haremos ántes de ir
á la cárcel de Sevilla!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Casa de campo de D. Rufo. Galería con balcón practicable al fondo. Dos puertas á cada lado. Á la derecha, chimenea encendida. y un banco tosco, y varios taburetes junto á ella. El teatro estará iluminado por un velón ó lámpara de la época.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, BLAS, MALOSPELOS, CARICORTAO.

- ANT. La suerte está de remate.
BLAS. Un cañonazo es cáa trueno.
ANT. Endeje que el sol se puso
que está sin parar lloviendo.
BLAS. No sé cómo vendrá el amo
con esta noche. Y por cierto
que me extraña en su caraiter.
Er, que tiene tanto mieu
á salir de noche al campo...
Ya hace que le estoy sirviendo
á su mersé... sí, ya hace
seis años en este invierno
deje que compró esta finca,
y ya veis, en tóo este tiempo
ni una sola vez lo he visto
venir de noche.
- CAR. Yo apuesto
á que no viene.

MAL.

Está claro.

ANT.

¿Pero te lo dijo é cierto? (A Blas.)

BLAS.

¿Pues cómo se isen las cosas?

Estas sus palabras fueron:

—Blas.—Señó.—Agarra un cabayo
y móntate en él ligero.

—Mu bien.—Vas á la jasienda,
y le ises á Antonio Orméo,
er capataz...

ANT.

Yo soy ese.

BLAS.

Que á los guardas Malospelos
y Caricortao...

CAR.

Nosotros.

BLAS.

Vaya á buscarlos corriendo;
que me esperen en la casa.

Yo voy en tu seguimiento;

porque tengo ayí una cita

y ha de dir cierto sujeto

para entregarme una cosa

que es pa mí de mucho apresio.

—Señó, ¿y con esta noche?...

le dije yo. Está lloviendo,

y hay cáa trueno y cáa relámpago...

—Aunque se jundiera er sielo,

me dijo. Vete al instante,

y has mi encargo bien hecho.

—Mu bien. Y á la cuadra bajo,

cojo er cabayo Lusero;

sargo de Utrera al escape,

y aunque hay dos leguas lo ménos

hasta aquí, sin darle escanso,

como er camino es derecho,

llegué en ménos de una hora.

ANT.

Si no yegas tan á tiempo,

ya iban á salir los guardas.

BLAS.

De haber yegao me alegro.

ANT.

¿Qué traerá el amo á estas horas
por aquí?

BLAS.

¿Quién pue saberlo?

¡Sabes tú lo que es el amo!

Su mesmo nombre lo está isiendo...

ANT.

Verdad: don Rufo Borrascas...

Pero, en fin, no murmuremos;
que, sea el amo lo que fuere,
su pan estamos comiendo;
y mientras que bien nos pague,
como hasta el presente ha hecho,
ni á tí ni á mí nos importa
que sea malo ó sea güeno.

BLAS. Tienes razon. Pero mira
que se va acabando er fuego,
y como vengo mojado...

ANT. Echa más leña y sentémonos:
que mientras que el amo viene
allí mejor estaremos.

CAR. Dices bien.

(Se acercan á la chimenea y se sientan.)

ANT. Vaya tabaco,
papel, navaja. Otro leño,
Blas.

BLAS. Ayá va medio olivo. (Echan leña.)
Ya voy el calor sintiendo.

¿No tienes por ahí un trago?

ANT. ¡Borracho! Voy á traerlo.
Como estoy junto ar camino,
cuando pasa el jarriero
tomo siempre una botella,
ó dos, ó tres, de lo bueno.

¿Quereis vino ó aguardiente?

BLAS. Yo bebía blanca no quiero,
porque á la chichí se sube
y se pone malo el cuerpo.

CAR. Yo no quieo vino á estas horas.

MAL. Ni yo.

ANT. Segun estoy viendo,
será preciso que traiga
de uno y otro.

BLAS. Eso es lo erecho.

(Levantándose Antonio, y luégo vuelve con cuatro botellas.)

CAR. ¡Qué buena vía se yeva
er gaché! (Por Antonio.)

BLAS. ¿Los capatazes?
Son priores é convento.

- CAR. Los frailes semos los guardas.
 BLAS. Y los guñanes los legos.
 Pero aquí viene ya Antonio.
 ANT. Cuatro me traigo y dos deajo.
 No direis que soy tacaño.
 BLAS. ¡Tú siempre has sío un moso neto!
 BLAS. }
 CAR. } Á tu salud. (Beben.)
 MAL. }
 ANT. (Bebe.) Á la vuestra.
 ¿Qué tal está, cabayeros?
 BLAS. Güena está la mansaniya!
 CAR. El anisao está güeno!
 ANT. Y qué se dice po Utrera,
 Blas?
 BLAS. Está arborotao el pueblo.
 ANT. ¿Con qué?
 BLAS. Con Diego Corrientes.
 En la casa de Consuelo
 lo cercaron, y... Una entriega
 que isen que con ér isieron.
 ANT. ¿Pero, al cabo, lo piyaron?
 BLAS. ¡Qué! Puso tierra por medio,
 y se queó la justicia
 mirando al camino. Al verlo
 disen que toos se espantaron.
 CAR. ¡Valientes mosos!
 BLAS. Entre ojos
 no hubo uno que le hiciera cara.
 Toa la ronda fué á prenderlo;
 y como no lo atraparon,
 va á prender, sigun creo,
 á su novia... ó su quería.
 ANT. ¿Y ella, qué delito ha jecho?
 BLAS. ¡Toma! Armitirlo en su casa.
 Como ya por toos los pueblos
 su cabeza han pregonao...
 y disen que vivo ó muerto,
 en presentándolo arguno,
 le entregan el momento
 dos mil dosientos ducaos...
 Una fortuna.

- ANT. Es muy cierto.
- BLAS. Yo, si en mis manos cayera...
- CAR. Yo, por ganarme ese inero,
entregaba hasta á mi pare.
¿Qué íres tú, Malospelos?
- MAL. ¿Quién, yo? por salir de probe,
entregaba hasta mi agüelo.
- BLAS. Claro.
- ANT. Una cosa es desirlo...
- BLAS. ¿Qué?
- ANT. Y otra cosa es jaserlo.
(Llaman á la puerta.)
- BLAS. Callarse.
- ANT. Á la puerta llaman.
- BLAS. ¿Será el amo?
- ANT. Voy corriendo...
- BLAS. Mira ántes por el balcon;
porque he extrañado er silencio,
y si á cabayo viniera,
hubieran ladrao los perros.
- ANT. Dises bien.
(Abre el balcon del fondo y pregunta.)
¿Quién anda ahí?
¿Quién es usté? (Pausa.) Ya va abriendo.
Allá abajo está una venta. (Pausa.)
Esta no es venta. No pueo.
La gente está arrecogía.
(Vuelve adentro.)
- BLAS. ¿Quién era?
- ANT. Es un probe viejo
que ise que viene é camino,
calao jasta los güesos,
y que tiene ochenta años.
Lástima me da de verlo.
Si no viniera esta noche
don Rufo...
- BLAS. Tiene mal genio,
y si ve aquí un hombre extraño...
- ANT. Pero, por Dios, que lo siento.
- BLAS. Pus ábrele, y que se vaya
al pajar.
- ANT. Sí, tu consejo

voy á seguir. (Asomándose al balcón.)

Agüelito.

Sí, voy á bajar. Corriendo.

Amen. (Volviendo.) Lo que uno aquí jase,
luégo lo encuentra en er sielo.

(Váse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA II.

DICHOS, ménos ANTONIO.

BLAS. Hase bien. Si uno se hallara
esta noche en su pellejo,
y llamára y no le abrieran,
y al frio, al agua y al viento
lo dejaran, por mi parte,
creo que pegaba fuego
á la jasienda y á tóos
los que se encontraran dentro.

CAR. Y si es verdá lo que dise...
Yo no sé, siendo tan viejo...

BLAS. Eso quisás es mentira.

CAR. Cuando suba lo veremos.
Si es moso, por el embuste...

BLAS. Se le jase tomó el fresco
otra vez; pero si ha dicho
la verdá... le brindaremos
con vino ó con aguardiente
y á la candela un asiento.

ESCENA III.

DICHOS, ANTONIO, el tío CHAFAROTE.

ANT. (Á Chafarote.)
Vamos, entre usté ligero.
Er prebe está muerto é frio.

CHAF. (Entrando.)
¡Qué noche jase, Dios mío!
Dios guarde á ustés, cabayeros.

BLAS. Es viejo, tenía rason.
Siéntese usté á la candela.

CHAF. (Sentándose.)

- ANT. ¡Ay que gusto! Esto consuela.
Dése usté un buen calentón.
Luégo nos ayuará
á echá un trago de aguardiente.
- CHAF. ¡Estoy entre güena gente!
Preñie Dios su caríá.
Ya me encomendé á San Bruno,
pensando que ayí espichaba;
diente con diente no daba
poique no tengo más que uno;
pero era tal mi agonía,
que, si á abrirme no han bajao,
pronto me hubiera jayao
tieso como una arropía.
- ANT. ¡Infeliz! ¡Misté ahí eso!
Da lástima é verlo así.
- CHAF. Me ha calao la pañí
jasta er títano é los güeso.
- BLAS. Pero hombre, ¿aónde iba usté
con una noche tan perra?
- CHAF. ¿Yo? á Seviya.
- ANT. ¿Esa es su tierra?
- CHAF. No señó, soy de Jeré.
Pero... ¿Quié usté echá otra astilla?
- BLAS. (Echándola.)
¿Por qué no? Á ver si esa arde.
- CHAF. Pues, señó; dejé ayer tarde
la venta é la Alcantarilla,
aonde un lanse me pasó
que es un lanse pa contaó.
- TODOS. Venga.
- CHAF. Ya me he calentao...
por fuera; po aentro no.
(Mirando á las botellas.)
- BLAS. Er probe estaba en un potro.
- ANT. Darle pa que se caliente.
- BLAS. ¿Quié usté vino ú aguardiente?
- CHAF. Lo mesmo me da uno que otro.
- ANT. (Dándole una botella.)
Pues vaya er peñascarí,
que eso más calienta er buche.
- CHAF. ¡Esta casa es un estruche,

y usté es un moso barí! (Bebe.)
¡Jáaa! ¡Bendito sea er Señor,
que tales bienes prouese!
Su espíritu se introuese
po er cuerpo, y me da un calor...

ANT. Otro trago ¡voto á crispo!
pa que no pierda la huella.

CHAF. Me empinaré la botella;
pero... y si aluége me achispo?

ANT. Ahí tiene usté el pajá,
que es guena cama y caliente.

CHAF. Pues vaya, por los presentes. (Bebe.)

ANT. Güen provecho.

BLAS. Arriba.

CHAF. ¡Ajá!...

ANT. Ahora venga er susedío
é la venta.

CHAF. Ayá va tó;
Ayer tarde ayegué yo,
ántes del anochesío.
Cuelo, y mucha gente ví;
y er primero que encontré...
¿Quién dirán ustés que fué?
Diego Corriente.

TODOS. (Con gran atencion.) ¿Sí?

CHAF. Sí.

Er mesmo Diego Corriente
con su jembra salerosa;
güena cara, güena mosa,
mejorando lo presente.
Apenas entrar me vió
me dijo: vengasté, agüelo;
y yo, temblando é canguelo,
jise lo que me mandó.
Luégo, con gran cortesía,
me preguntó por mi edá,
y saber quiso además
en qué buscaba la vía;
yo le contesté al contao
que iba los pueblos corriendo,
cuatro escobiyas vendiendo
con un borrico lisiao.

Se asombró de verme asin
tan viejo y con tanto apuro,
y le dió lástima, é juró,
mi comercio tan ruin!
Y entónse paso entre paso
jásia la puerta se va,
y ar probesito animá
va y le suerta un trabucaso.
Yo, al verlo, yoro y maslijo,
sin saber lo que me pasa;
que era el amparo é mi casa,
era el paire de mis hijo.

ANT. ¿Y ér se quéó ten sereno?

CHAF. Riéndose.

BLAS. ¡Voto á san!

ANT. ¡Y habrá argunos que dirán
que ese hombre es un hombre güeno.

CHAF. De caría es un tesoro.

ANT. ¡Y aún por él saca la cara!

CHAF. Sí, pues pa que otro comprara,
me dió diez onzas é ero.

TODOS. Ya!

CHAF. ¡Pues ya!

ANT. De esa manera...

BLAS. Grande la ganancia fué.

CHAF. Pues qué, un moso como é
se porta de otra manera?
Quiera Dios darme ocasion
de que le pruebe argun día...
que por él daría mi vía,
mi sangre y mi corazón.

(Llaman.)

ANT. Otra vez llaman.

CAR. Verdá.

BLAS. Ahora es el amo.

ANT. Si sabe...

Mientras yo voy por la llave,
(A Chafarote.)

usté, por allí, ar pajá.

Sonsí, y á dormí.

CHAF. Eso es...

Cabayeros...

ANT. ¡Vaya! andando.
CHAF. Muchas gracias, y estimando,
y Dios se lo pague á ustés.
(Váse por la primera puerta derecha, y Antonio
por la izquierda.)

ESCENA VI.

BLAS, MALOSPELOS, CARICORTAO.

GAR. ¡Pobre viejo! y va á dormir
abrigao entre la paja!
BLAS. Si es que lo dejan las purgas
sosegar.
MAL. ¿Acaso hay tantas?
BLAS. Una noche subí yo,
y andaban por ayí... á piaras.
Argunas había tan gordas,
que si un senserro le plantan,
es capás de armar más buya
que un cabestro de la plasa.
CAR. ¡Hombre, qué ponderaciones!
Asin tenemos la fama..
BLAS. Pos güeno, er que no lo crea,
que suba y verá si es guasa.
CAR. Ya creo que el amo viene.
BLAS. Pues, mira, entra en esa sala,
y sácale su sillón,
por si acaso trae ganas
de calentarse.
(Caricortao entra por la puerta primera izquierda
y sale con un sillón antiguo de brazos.)
Yo, miéntras,
diré juntando estas ascuas
y echaré otro par de leños
pa que se alevante yama.
(A Caricortao.)
Pónlo aquí. Esvía ese banco,
Güeno está. Ya ná le farta..

ESCENA V.

DICHOS, D. RUFO, ANTONIO.

RUFO. (Dirigiéndose á la chimenea y sentándose en el sillón.)

¡Cáspita y qué noche hace!
Siguiera en la chimenea
se puede estar. ¡Uf, qué noche!
Parece que están abiertas
las cataratas del cielo,
y que otro diluvio empieze.
Blas, anda á ver los caballos,
y á mi mula pienso echa.

(Vase Blas.)

Domingo es un perezoso,
y es fácil que no se mueva
por miedo de coger frío.
Tú, Antonio, vé á la dispensa
y prepara lo que hubiere
de sustancia. Y no vengas
hasta que yo no te llame.

ANT. Está bien. (Vase Antonio.)

RUFO. (Á Caricortao.) Cierra esa puerta,
y preparaos á escucharme,
y á obedecerme sin réplicas.

(Caricortao cierra la puerta por donde Antonio y Blas han salido, y él y Malospelos se colocan respetuosamente delante de D. Rufo, esperando sus órdenes.)

ESCENA VI.

D. RUFO, CARICORTAO, MALOSPELOS.

CAR. Mándenos usted, nostramo.

RUFO. Uno y otro ya sabeis
lo mucho que me debeis.

CAR. Ni uno ni otro lo orviamo.

RUFO. Cuando en casa os admití,
lo hice, sabiendo que érais

tú, desertor de galeras: (A Caricortao.)
tú, de presidio. ¿Es así? (A Malospelos.)
Así mismo.

MAL.

CAR.

Es la verdad.

RUFO.

Mi trato íntimo y frecuente
con el señor Asistente
me da cierta autoridad;
y ya veis si me es propicia
cuando al saber lo que pasa,
ni aún ha venido á esta casa
sólo una vez la justicia.
Mientras mi mano os defienda
sustos no tendreis ni apuros;
y aquí vivireis seguros
siendo guardas de mi hacienda.
Por tanto, teneis que hacer
lo que os mande vuestro amo.

CAR.

Pa darle gusto aquí estamos
dispuestos á obedecer.

RUFO.

Pues bien: está noche espero
aquí á un hombre, un criminal,
que quiere causarme un mal,
y yo castigarle quiero.

CAR.

¿Cómo?

RUFO.

Os pondreis en la puerta.

CAR.

¿Y le damos... sin chistar?

(Haciendo ademán de matarlo.)

RUFO.

No; lo dejareis entrar;
pero luego estais alerta,
y al salir... junto al camino
os apostais con cuidado,
y ya bien asegurado...
¿A ver si teneis buen tino?

CAR.

Que la caría le valga.

RUFO.

Luego... que nadie lo encuentre.

CAR.

Conque es preciso que entre?

RUFO.

Pero lo es más que no salga.

CAR.

No saldrá, descuide usté,
que entre yo y mi compañero,
con muchísimo er salero,
le endiñaremos mulé.

¿Viene solo?

RUFO. Solo viene.

CAR. ¿Qué señas? ¿sabe usted?

RUFO. Sí.

Conque pregunte por mí
basta.

CAR. Haremos que no pene.

RUFO. Conque... á la puerta.

CAR. Al instante.

RUFO. No me tengais con recelos.

CAR. Vamos ayá, Malospelos,
que Caricortao va elante.
(Váanse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA VII.

D. RUFO, despues DOMINGO y ANTONIO.

RUFO. Pues propicia es la ocasion
sin vacilar la aprovecho;
así queda oculto el hecho,
limpia mi reputacion.
Á entregarne el relicario
vendrá el Renegado aquí.
Yo el indulto le ofrecí:
pero fuera un temerario
si por dejarlo con vida
se llegara á divulgar
el robo... Fuera dejar
mi honra comprometida.
Casi toda mi fortuna
me va en ello, y mi ambicion
callar hará el corazon...
si alguna vez me importuna.
Del naufragio en una tabla
salvarme así lograré.
Cúmplase, pues lo mandé;
sí, que hombre muerto no habla.
Remordimientos á un lado.
Al fin es criminal.
Por el bien le vuelvo al mal.
Obraré como él ha obrado.
Luégo respondan los dos,
que son los que le asesinan.

- Si las cosas se examinan...
 ¡siempre la mano de Dios!
 (Llamando.)
 ¡Antonio! ¡Antonio! ¡Está buena!
 (Abre la puerta.)
 En lo oscuro no distingo...
 Llamaré al otro... ¡Domingo!
 Á ver si traen mi cena.
 Aquí vienen; ruido sienten.
- VOZ. (Dentro.) Eu cha vou.
- OTRA. (Id.) Ya voy, ya voy.
- RUFO. Pensé que no veníais hoy.
- DOM. (Entrando.)
 Non fallaba el aposento.
 Mande, mande, meu señore.
- RUFO. ¿Y Antonio?
- DOM. Á escaleira monta.
- RUFO. (Á Antonio, que entra.)
 ¿Está ya mi cena pronta?
- ANT. (Ap.) ¡Quiera Dios que se le atore!
- RUFO. Vamos...
- ANT. Sí señor, ya está.
- RUFO. Pues anda y tráela luego.
- ANT. Voy á quitarla del fuego.
- DOM. (Á Antonio.)
 ¿Traije á mesa?
- ANT. (Á Domingo.) Sí, animá. (Vase.)
- DOM. (Acercando la mesa al sillón mientras D. Rufo pasea inquieto.)
 ¡Llamóme animal; dimoño!
 Animal... sólo bastante!
 Más que tú. Está ya carjante
 conmigo el señor Antoño.
 (Extiende el mantel.)
- RUFO. Mientras tú arreglas ahí,
 una vuelta voy á dar.
 (Ap.) No me deja sosegar
 el afán de verle aquí.
 (Vase segunda puerta derecha.)
- ANT. (Á Domingo, apareciendo por la puerta izquierda.)
 Toma. (Dándole los platos.)
- DOM. Venja.

(Los toma y los pone sobre la mesa.)
ANT. Voy por el vino.
DOM. (Mirando á los platos.)
 Un jallo y un perdition.
 ¡Ah, el meu amo es un jloton!
 Trátase bien el endino.
ANT. (Con dos botellas.)
 Tome, y pónlas ahí tambien. (Vase.)
DOM. (Poniéndolas en la mesa.)
 Harto ya estou de jaspacho,
 y aunque dírame un empacho,
 comiera y bebiere bien.

ESCENA VIII.

DOMINGO, DIEGO CORRIENTES, por el foro izquierda.

DIEGO. Nadie hasta aquí entrar me vió:
 fortuna ha sido, y no escasa,
 al entrar en esta casa
 como he lograo entrar yo,
 (Acercándose.)
 Ese hombre... una mesa puesta...
 A qué buena ocasion Nego.
 (Examinando á Domingo.)
 No me engaño; es el gayego
 de ayer tarde.
DOM. Cha está presta.
 (Volviéndose y viendo á Diego.)
 ¡Ah, un hombre!
DIEGO. (Poniéndole la mano en la boca.)
 Caya, ó te mato.
DOM. (De rodillas.)
 Señor, non me faga mal.
DIEGO. ¿Darás un grito?
DOM. Non tal.
DIEGO. De hacerte daño no trato.
 ¿Dónde está el amo?
DOM. Non sé.
DIEGO. Por el santo de mi nombre...
 ¿Ha venío á verlo un hombre?
DOM. Espéralo su mersé;

pero aún no llegó.

DIEGO.

¿De fijo?

DOM.

Créame, que non le miento.

¿Quier que faga un guramento
para probar lo que dijo?

DIEGO.

Te creo.

DOM.

¿Cha compasion
tendrá de mí?

DIEGO.

Está seguro,

No hacerte daño te juro;
mas con una condicion.

DOM.

Dija, y faréila mu cierto.

DIEGO.

Que no te muevas de ayí,

(Señalando á un rincón.)

pase lo que pase aquí.

DOM.

(Colocándose en él.)

Faja cuenta que estou muerto.

DIEGO.

(Mirando á su alrededor con curiosidad.)

Pues señor, la gente esta
debe de estar bien mantenia
cuando con esta comía
se deja la mesa puesta.

(Acercándose á la mesa.)

Esto pa alguno será;

y si sabe como huele...

por Dios santo, que me duele
er dejarlo así enfriá.

Me sentaré en er siyon.

(Se sienta.)

¿Si lo habrán puesto pa mí?

No se está mu mal aquí.

Un trago y un calenton.

(Echa un vaso y bebe.)

Esto conforta y alegra.

(Escucha.)

Parece que sientor paso...

Me prevendré, por si acaso,

preparando á bocanegra.

(Prepara el trabuco, lo monta y se pone en acti-
tud de esperar.)

ESCENA IX.

DIEGO, D. RUFO, DOMINGO, inmóvil y mudo.

RUFO. (Sin conocer á Diego.)
¡Qué desvergüenza! ¡Hola, amigo!
¡Pues me gusta la franqueza!
¡Eh! Ni aun vuelve la cabeza.

DIEGO. (Volviéndose, al verle muy cerca, con el trabuco en la mano.)

¿Quiere usted sonar conmigo?

RUFO. ¡Este hombre!... ¡Diego Corrientes!

DIEGO. Er mesmo; y no hay que gritar,
si es que no quié usted merar
ántes que venga su gente.

RUFO. (Temblando.)
Pero...

DIEGO. Sosiéguese usted,
y váyame contestando
á lo que iré preguntando.

(Se levanta.)

Estas puertas cerraré,

(Lo hace.)

que está la noche mu fria
y, como afeuto le tengo
á su mersé, me prevengo,
no le dé una purmonía.

RUFO. Muchas gracias.

DIEGO. No hay de qué.

DOM. (Ap.) (Como eu tembla el pobrete.)

DIEGO. Aserque usted un taburete,
pairino, y siéntese usted.

(D. Rufo lo hace, sentándose por indicacion de Diego junto á la mesa y frente á él.)

Conque voy á preguntar
lo que saber me interesa.

¿Pa quién se puso esta mesa?

RUFO. Para mí.

DIEGO. (Amenazando.) No hay que engañar.

RUFO. Por el santo de mi nombre...

DIEGO. Si jura, diré que miente.
¿Usted espera alguna gente?

RUFO. ¿Yo?

DIEGO. Por lo ménos á un hombre.

De too vengo enterao
deje Utrera. ¿Á qué negar?
Pronto debe aquí llegar.

RUFO. Nadie.

DIEGO. Juan el Renegado.

Usté indultarlo ofresió
si una prenda le trafa.
Y esa prenda, por mi vía,
vengo á llevármela yo.

RUFO. (Ap.) ¡Dios mio!

DIEGO. ¿Le da á usté pena?

¡Otros más pena tendrán!
¡Vamos, mientras viene Juan
pué usté espabilar su sena.

RUFO. No... si ya no tengo gana.

DIEGO. ¿Se le fué á usté el apetito?

RUFO. (Ap.) ¡Cielos! Por más que medito...

DIEGO. Más comerá usté mañana.

Siento pasos. Á ocultarme
voy detrás de aquella puerta.

Si una sospecha despierta;

si yega usté á delatarme

con un gesto, una mirá,

con un guiño ó una tos,

encomiéndese usté á Dios,

que va usté á la eterniá.

RUFO. ¿Y qué haré si ese hombre viene?

DIEGO. Lo mesmo que usté jaría
sin que la presensia mia
le estorbara.

RUFO. (Ap.) (Dios enfrene
su lengua, y fuerzas me dé
para estar algo sereno.)

DIEGO. Resbaloso es el terreno:
no se le vaya á usté un pié.

(Abre la primera puerta izquierda, y se oculta
tras de la segunda.)

ESCENA X.

8. RUFO, JUAN EL RENEGADO, DOMINGO, siempre en la misma posición.

RUFO. Aquí está Juan. ¡Dios me asista!

REN. (Entrando.)

Mu güenas noches, mi amo.

RUFO. Muy buenas,

REN. Dí mi palabra
y en cumplirla soy esauto.

Me costó argun trabajiyo,
pero aquí está el relicario.

(Le pone sobre la mesa.)

Lo que siento es que el tunante
de Diego se haiga escapao.

RUFO. Hay que ser caritativo
con el prójimo.

REN. Al contrario;

con un hombre como ese...

No hay que dejarlo é la mano.

Yo, por mí, ande lo encuentre,
ayí mesmito lo mato.

RUFO. ¡Juan! ¿no sabes lo que dices.

REN. ¿Qué?

RUFO. Diego es un buen muchacho...

REN. ¿Y usted lo defiende ahora?

¡Usted, su mayor contrario;

el que ayer tarde desía

que por verlo ajustisiao

daba cuante le pidieran!...

RUFO. Yo no dije eso, y si un rapto

de mal humor tales frases

pudo arrancar de mis labios,

muy de veras me arrepiento,

y tendré que confesarlo,

que aunque pecador indigno,

al cabo, Juan, soy cristiano.

REN. Pues yo no entiendo é esas cosas,

A mí motivos me ha dao

mn grandes, y aunque supiera

que me yevaban loz diablos...
RUFO. ¡Calla, Juan!
REN. No lo perdono.
Yo soy asina, 'nestramo.
Lo que siento es que una ves
ya su vida he perdonao.

RUFO. ¿Tú?
REN. Anoche, en casa é Consuelo,
fué y me sortó un trabucaso;
pero le marró, y entónses,
viendo que yo echaba mano
ar mio, como un cobarde,
ayí en roiyas jincao,
perdon mí pidió sumiso.

RUFO. ¿Á tí?
REN. Sí señor, temblando.

RUFO. Hombre, parece mentira!
REN. Lo perdoné, y me ha pesao;
pero por él no lo jise,
sino po una mosa é garbo,
que me isía con los ojos:
«Déjalo dí al esdichao,
»que es á tí á quien yo camelo
»y á quien tenderé mis brazos.»

ESCENA XI.

DICHOS, DIEGO.

DIEGO. ¡Hombre cobarde y ruin,
infame esagraesío;
la vía te he consedió,
y me la pagas asín!

RUFO. ¡Diego!

REN. (Ap.) (¡Ah, qué he jecho!)

DIEGO. (Al Renegado.) No tardes.

El arma coge. ¿Qué esperas?

¡Será preciso que mueras
como traïdor y cobarde!

Tu mano tiembla. ¡Y van dos!

¡Tú me amparas, Madre mía!

(El Renegado, lleno de espanto y tambleroso se

apoya en la pared y tira maquinalmente. Diego queda ileso.)

REN. ¡Ah!

RUFO. ¡Ah!

DIEGO. (Apuntándole.) ¡Ahora... de su alevosía anda á darle cuenta á Dios!

(Le tira y cae el Renegado exhaltado un grito. D. Rufo y Domingo se precipitan por la puerta izquierda donde aparecen, Blas, Antonio, Caricortao y Malospeños, que á una señal de D. Rufo se arrojan sobre Diego, sin darle lugar á prepararse, siendo su primer diligencia coger el relicario y disponerse á salir.)

ESCENA XII.

DIEGO, D. RUFO, BLAS, ANTONIO, DOMINGO, MALOSPEÑOS
CARICORTAO.

RUFO. ¡Así, valientes, así!

BLAS. Los brazos; que no se mueva.

DIEGO. ¡Así el valor no se prueba,
que sois cinco contra mí!

(Viéndose sujeto y derrocado.)

¡Ah, siempre con la traición!

RUFO. ¡Bravo! Sujetadle bien.

RUFO. Ya se acabó tu sosten,
Consuelo é mi corason.

RUFO. Encerradlo, pronto, allí,
(Señalando la puerta izquierda.)
y ese hombre abajo, ligero.

(Por el Renegado.)

DIEGO. Infames! (A D. Rufo.) ¡Mal cabayero!

RUFO. Á un ladrón se trata así.

(Lo encierran echando por fuera el cerrojo.)

ANT. De ahí no se escapará.

RUFO. (A Blas.)

Pronto, caballos ensilla.

Por la mañana en Sevilla

bien amarrado entrará.

Cuerdas de gran fortaleza
busquemos.

BLAS.
RUFO.

Sí. (Chafarote al paño.)
Que despues,

hijos mios, vuestro es
el precio de su cabeza.

(Ap.) (De los dos ya me he librado.)

(Alto.) Vamos, vamos sin tardar,

por si se puede prestar
socorro á ese desgraciado.

(Cogen al Renegado entre cuatro y bajan con él.
Mientras van bajando D. Ruffo se acerca á la puerta
donde está encerrado Diego, y exclama con
placer.)

¡Encerrado estás ahí,
ladron, ya llegó la mia. (Vase.)

ESCENA XIII.

EL tío CHAFAROTE, despues DIEGO.

CHAF. (Saliendo.)

¡Tunantes! eso sería
si yo no estuviera aquí.

(Abre la puerta.)

Sarga usted y rufo no jaga.

DIEGO. (Saliendo y abrazándolo.)

¡Ah! mi goso es tan profundo ..

CHAF. Er bien que se hase en el mundo,

Dios en er mundo lo paga.

DIEGO. Tú, que al verdugo me robas,

¿eres un ángel?

CHAF. No, á fé.

¿Pues no me conoce usted?

Er puró de las escobas.

DIEGO. ¡Ah! quien buen corazon tiene

nunca lo pué desmentir.

CHAF. Escapar pronto de aquí

es lo que ahora conviene.

Sígame usted sin tardar.

Tengo estudiá la salía;

y ántes que amanesca er dia,

por la ventana é er pajar

se escuerga usted. Sí señor.

Arta está, pero no imperta.

Si su faja de usted es corta,
aquí está mi señor.

(Se lo quita.)

DIEGO. Pero usted sardrá primero,
y los dos en mi caballo,
que cerca está, como un rayo...

CHAF. Bien, pero vamos ligero,
que creo que suben ya.

DIEGO. Sí, vamos sin dilacion.

(Cierra la puerta izquierda.)

¡Virgen de Consolacion,
te debo mi libertad!

(Vánse por la puerta derecha.)

ESCENA XIV.

D. RUFO, ANTONIO, BLAS, CARICORTAO, MALOSPELOS,
con armas, DOMINGO, con un gran lío de cuerdas. Los pri-
meros versos dentro, los demas despues de forzar la puerta
que Diego ha cerrado.

RUFO. Cerrada está! ¡Vive el cielo!
Empujad todos aquí.
¿Qué es esto? ¡Mas fuerte! Así.

(Cae la puerta. Al entrar, todos acuden adonde
Diego estuvo cerrado, ménos D. Rufo, que se di-
rige á la mesa en busca del relicario.)

TODOS. ¡Ah!

RUFO. ¡Justo era mi recelo.

BLAS. ¡Se ha escapado!

RUFO. ¡Ira de Dios!

¿Por dónde pudo salir?
Muy lejos no puede ir;
salgan pronto dos á dos.
No dejen cosa ninguna
sin registrar. ¡Dios potente!
Hijos, al que lo presente,
le doy toda mi fortuna.

BLAS. ¡Ah! ¿qué idea! Por aquí.

(Dirígese con Antonio á la puerta por donde ha
salido.)

Quizás el viejo....

ANT.

Es verdad. (Vase.)

(Los demas salen por distintos lados y D. Rufe queda solo.)

RUF.

Señor, tan de mi piedad.

Cuando libre me creí,
me encuentro más amarrado.

(Escucha hacia la puerta por donde huyeron.)

Suenan voces... ¡Ah! respiro.

(Se oye un tiro.)

¡No haya compasion! ¡Un tiro!

¡Gracias á Dios! Me he salvado!

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

CUADRO PRIMERO.

El teatro representa la sala de Audiencia de la cárcel de Sevilla. Al fondo mesa con tapete de damaseo y sillones para los jueces y escribanos, todo bajo un dosel. Á derecha é izquierda bancos con respaldo. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA, CONSUELO, un ESCRIBANO.

Esc. Aquí pueden esperar,
que esta es la sala de Audiencia.
Es temprano todavía;
y hasta que los jueces vengan,
esto es mucho más decente
que no quedarse allí fuera.

MARQ. Damos á usted muchas gracias.

Esc. Quisiera yo merecerlas.
Con mi deber sólo cumplo;
que el que de hidalgo se precia,
ha de serlo con las damas
en ocasiones como esta.

Si en algo puedo servirlos...

MARQ. Estamos muy satisfechas
de vuestros corteses modos,
que quien sois muy bien demostramos.

Esc. Siento mucho que esta jóven,
cuyo candor é inocencia
revelando está á las claras
su no fingida modestia,
se encuentre hoy en este sitio,
á las miradas expuesta
de los que juzgan las cosas
sólo por las apariencias.
Soy viejo, conozco el mundo,
y me ha hecho ver la experiencia,
qué las acciones humanas
pueden ser malas ó buenas,
según como se las mire;
y á muchos que aquí condena
la justicia de los hombres,
torpe siempre, á veces ciega,
Dios, en sus altos juicios,
quizás con placer absuelva.
Con que ánimo y esperanza.
Sé que la ambición la acecha;
que enemigos poderosos
tiene, que desean verla
humillada; pero al cabo
siempre triunfa la inocencia...

MARQ. Señor...

CONS. ¡Qué alma tan hermosa
tiene ese hombre!

MARQ. Yo quisiera
saber quién sois, y á quién debo
consuelos, que no se prestan
fácilmente, sin que haya
una causa.

Esc. Puede haberla.

MARQ. ¡Cómo!

Esc. Mi deber me impide
hablaros con más franqueza.
Sé quién sois, quién es la jóven
que á vuestro lado se encuentra;

y básteos saber, que debo
mi respetada y modesta
posición á vuestro hermano,
que fué un ángel en la tierra.

MARQ. Pues bien, ahora más que nunca
confío en que usted ejerza
su influjo...

Esc. Nada me diga;
pues lo que hacer me aconseja
la gratitud, haré siempre.

MARQ. Gracias.

Esc. Adios; que me esperan.

No quiero que se figuren...

MARQ. Haced bien.

Esc. Cuando se crea
que mi acción está más lejos,
entonces está más cerca. (Vase.)

ESCENA II.

LA MARQUESA, CONSUELO.

MARQ. No sé qué nueva esperanza
ahora el corazón presiente.
Bendito seas, Dios mío:
bendito seas mil veces.
Pronto saldremos, Consuelo,
de esta situación; sí, en breve,
que ya los pasos he dado
para ver al Asistente,
y al concluirse la audiencia
iremos, si es que él no viene.
No descansaré un instante
hasta que ya pueda verte
libre y contenta en mis brazos!
dichosa como mereces.

CONS. ¡Cuánto debo á usted!

MARQ. ¡Hija mía!

¡Por Dios! tú nada me debes.
Harto has sufrido, infeliz,
de este mundo los reveses.
Jamás hirió tus oídos.

ni el eco de los placeres.
Sin amparo, sin familia
y aun sin nombre, hasta las heces
el cáliz de la amargura
libaste, niña inocente.
Esas dotes de belleza,
que por tu desgracia tienes,
tal vez influyeron mucho
para acibarar tu suerte.
Eres jóven; de los vicios
aún no conoces el gérmen,
y puro, en medio del crimen,
tu corazon se mantiene.
Angelical criatura,
alza orgullosa la frente.
¡Qué güena es ustó!

CONS.

MARQ.

Hija mia,

al bueno Dios le protege,
y el premio, tarde ó temprano,
de sus méritos le ofrecel

CONS.

¿Con qué podré yo pagar
tanto sacrificio?

MARQ.

Advierte

que yo no he hecho sacrificios
por tí. Mi deber es este.
Tu padre me lo encargó
en el lecho de la muerte.

CONS.

¡Mi padre!

MARQ.

Sí, hija, tu padre,

que, aunque murió de tí ausente,
y al nacer abandonada
te echó en brazos de la suerte,
al fin de naturaleza
oyó la voz elocuente,
dejándote una fortuna
que dichosa puede hacerte,
y el nombre de una familia
ilustre, á que perteneces.

CONS.

Más me valiera, señora,
recibir ántes mil muertes,
que verme como me veo,
estando tan inosente.

Si el quererlo es mi delito
no sé qué crimen comete
la mujer que quiere á un hombre
á quien persigue la suerte.
¡Cómo estará si lo sabe!

MARQ. Tambien yo estoy impaciente
per saber qué habrá hecho Diego,
y si habrá logrado verle.
En don Judas confiaba;
pero ya es tarde y no viene,
cuando sabe que á estas horas
te encuentras entre los jueces.
Pero... escucha, siento pasos.
(Viendo entrar á Judas.)
¡El es! ¡Gracias, Dios clemente!

ESCENA III.

DICHAS, D. JUDAS.

JUD. Aquí estoy. ¡Cuánto he corrido!
Vengo todo estropeado.

Vamos, si no me ha quedado...

MARQ. Y al fin, ¿qué se ha conseguido?

JUD. Voy allá, dejad que aliente
y luego me explicaré.

Lo primero que hice fué...

(Con cautela.)

buscar á... Diego Corriente.

CONS. ¿Y lo yegó usted á encontrar?

MARQ. ¿Lo vió usted?

JUD. Lo ví en Utrera,

antes de que allí saliera,
por una casualidá.

Contéle allí la traicion
hecha por no dar la herencia;
de Consuelo la inocencia,
su inesperada prision.

Y al ver que era necesario,
en situacion tan terrible,
hacer todo lo posible
per buscar el relicario;

despues de brujulear,
supimos que el Renegado
por don Rufo era esperado
en su hacienda del Palmar.
Que allí á entregárselo iría,
entre las sombras oculto,
y que por premio el indulto
don Rufo le alcanzaría.

Diego, que esto hubo escuchado
con atencion é inquietud,
respondió con prontitud,
con firmeza y desenfado:

«Cuando llega una ocasion
»se ve lo que són los hombres.

»Del peligro no te asombres;

»hoy te pruebas, corazon.

»Dígale usted é mi Consuelo

»que perdone los agravios

»si la ofendieron mis labios;

»ya para mí no hay recelo.

»Y si ella sufre inocente,

»poco tiempo sufrirá.

»Que no llore, que aquí está
»su amante Diego Corrientes.»

Y luego añadió: «Mañana

»aquí me esperará usted,

»y el relicario traeré,

»si la Virgen soberana

»me ayuda; pero si llega

»la mañana y no he venido,

»es señal que he sucumbido,

»por desgracia en la refriega.»

Así dijo, y al momento

en su caballo montó,

y á mi vista se perdió

veloz como el pensamiento.

¡Y bien! Llegó la mañana...

Y lo esperé... y...

¡Dios piadoso!

Y yo... de venir ansioso...

(Ap. á la Marquesa.)

(Ni una esperanza lejana.)

MARQ.

JUD.

CONS.

JUD.

MARQ. (Id.) ¡Oh!

JUD. (Alto.) Mas lo veré, de fijo.
La hacienda está muy distante.
y el tiempo no era bastante
para volver cuando dijo.

CONS. Me ocurta usté la verdá.

JUD. No, á mi fé; sábelo el cielo.

MARQ. Tranquilízate, Consuelo,
que Dios te lo librará.

CONS. Tengo ya mi corason
de tantas peniyas muerto.
¡Ay! Bien lo sabe que es cierto
la Vinge é Consolasion.
Á ella siempre... ¡madre mia!
en mis desdichas acuo:
eya me sirve de escuo
y de amparo en mi agonía.

MARQ. ¿No ois pasos?

JUD. (Se asoma á la puerta.)
Sí, Marquesa,
y aquí acercándose van.
Son los jueces.

MARQ. ¿Sí?

JUD. Vendrán
á examinar la presa.

ESCENA IV.

DICHOS, el JUEZ, el ESCRIBANO, varios testigos de la rona,
, entre ellos D. RUFO. Los jueces se sientan: el Escribano
se coloca á la derecha, y D. Rufo y demas testigos permane-
cen de pié. Á una señal del Juez, Consuelo se acerca.

URZ. Jóven, decid vuestro nombre.

CONS. Consuelo. (¡Ay, Dios! ¿Qué me pasa?)

JUZ. ¿Es cierto que en vuestra casa
anteayer se encontré un hombre?
(El Escribano escribe.)

CONS. ¡Dios mio!

URZ. Decid verdad,
que Dios castiga al que miente,
y á aquel que sufre inocente

otorga la libertad.

(Diego Corrientes al paño embozado.)

Si de cuanto hayais noticia
hablais, la prision acaba.

¿Cómo el hombre se llamaba
que allí encontró la justicia?

Ya sabeis que con rigor
al que miente se condena.

CONS. Yo le diré, aunque con pena:

Diego Corrientes, señor.

JUEZ. ¿Y no sabeis, infelice,
que ese hombre está pregonado
por ladron en despoblado?

CONS. Bien se lo que usté me dise.

JUEZ. ¿Ignorais que manda el rey
castigar al delincuente
que en su casa le consiente
menospreciando la ley?

CONS. No lo ignoro.

ESG. (Ap.) (¿Quién pensara?
Afirma su desvarío.)

CONS. Si mir vese hubiea venfo,
mir vese yo lo ocurtára.

JUEZ. Pues bien: como á encubridora,
la ley severa os castiga.
Mientras donde está él no diga,
presa estareis, como ahora.

CONS. ¡Siempre aquí penando! ¡A y, Dios!

JUEZ. Hay medio de que salgais.

CONS. ¿Y cuál es?

JUEZ. Si os obligais...

CONS. ¿A qué?

JUEZ. A presentarle vos.

CONS. Yo jaser tal viyanía!
¿A un hombre que tanto quiero
entregarlo! No; primero
presa estaré toa mi vía.
Y aunque nunca güerva á ver
la lus der so en libertá,
mi Diego libre estará:
no me importa er paaser.

JUD. (Ap. á la Marquesa.)

- (¡Qué heroicidad, Marquesa!)
- CONS. Er se acordará de mí,
sabiendo que estoy aquí,
por darle libertad, presa.
- JUEZ. Supuesto que no consigo...
- CONS. Mi arma tan vil no será.
- MARQ. (Á D. Judas.)
¿Cuál es?
- JUD. (Ap. á la Marquesa, señalando á D. Rufo.)
(Ese que ahí está.
Viene á servir de testigo.)
- MARQ. (Á D. Rufo.)
¿Sois don Rufo?
- RUFO. ¿Qué, señora?
- MARQ. ¿Don Rufo Borrascas?
- RUFO. Sí.
- MARQ. Me alegro hallaros aquí,
por cierto en tan buena hora.
(Al Juez con dignidad.)
Oid, señor, que ha llegado
la hora de la justicia.
- JUEZ. Ya escucho.
- MARQ. (Á D. Rufo.) ¿Teneis noticia
de la Marquesa del Prado?
- RUFO. (Alterado.)
Sí.
- MARQ. Yo soy.
- RUFO. (Afectando alegría.)
¡Vos, mi parienta!
- Oh, señora, qué fortunál...
- MARQ. ¿Para vos? Quizás ninguna.
- RUFO. (Ap.) ¡Cielo, esta mujer... qué intenta?
- Perdonad, si alguna falta...
- MARQ. Os excusareis en vano.
¿Os acordais de mi hermano?
- RUFO. ¿Don Telesforo Peralta?
- MARQ. Sí. Ha muerto.
- RUFO. (Fingiendo dolor.) ¡Ha muerto!
- MARQ. Sí tal.
- La noticia no os aflija.
Sabeis que tuvo una hija...
- RUFO. Una hija natural.

MARQ. Vos sois administrador
de su muy crecida herencia,
y en ley de Dios y en conciencia
no la retendreis.

RUFO. (Con turbacion, al Juez.) Señor...
Cierto es: nada se me ofrece
que decir en este asunto.
El padre está ya difunto,
pero la hija no parece.

MARQ. Ese es obstáculo vano;
tal fué quizás vuestro anhelo.
Alza la frente, Consuelo.
Esta es la hija de mi hermano.

JUEZ. (Á D. Rufo.)
¿Eso es cierto?

RUFO. Será
tal vez la hija de Peralta;
pero otra prueba me falta.
Si esa prueba se me da...

JUEZ. (Á la Marquesa.)
Y vos, qué decís ahora?

RUFO. Ya sabeis que es necesario
que presente un relicario
con cierta cifra, señora.

MARQ. Debiérais sólo callar,
del crimen avergonzado.
Por un hombre vil, comprado,
se lo habeis hecho robar.

JUEZ. (Á la Marquesa.)
Ved que...

MARQ. Ciertó es lo que digo.

Se persigue á la inocencia
para robar una herencia..
El cielo me sea testigo.

JUEZ. Yo no puedo sentenciar
sin otros datos, señora;
y los que me dais ahora
muy poco pueden probar.

Ess. Atendiendo á esa razon,
sin duda de mucho peso,
para empezar el proceso
hay aquí una acusacion.

(Entrega al Juez unos papeles que éste ligeramente examina.)

RUFO. Si el relicario presenta,
su herencia entregaré;
pero no consentiré
que me hagan nunca una afrenta.

(Al Juez.)

Ved, señor, que es necesario...

Se me acusa con malicia...

MARQ. (Levantando las manos al cielo.)

Dios mostrará su justicia.

DIEGO. (Entrando.)

Aquí está ya el relicario.

(Consuelo y la Marquesa dan un grito de espanto.)

ESCENA V.

DICHOS, DIEGO CORRIENTES.

MARQ. (Ap.) ¡Cielos!

CONS. (Id.) ¡Virgen santa! ¿es él?

DIEGO. (Ap. á D. Rufo.)

(Cuando usted apurao se vea
busque un cerrujo que sea
más seguro que fué aquel.)

RUFO. (Ap.) ¡Perdido estoy!

JUEZ. (Á D. Rufo.) ¿Qué decís?

RUFO. Que yo entregaré al momento
la herencia. (Ap.) (Mas en descuento...)

MARQ. ¿Conque en ello consentís?

RUFO. Pero ántes á un delincuente
la máscara arrancaré,
y á la ley lo entregaré.

(Poniéndole la mano.)

Aquí está Diego Corrientes.

(Al Juez.)

Dos mil doscientos ducados
reclamo por su cabeza.

(Asombro general.)

DIEGO. (Á D. Rufo con desprecio.)

¡Ha jecho usted una grandesa!

MARQ. (Id.) Por cierto muy bien ganados.

- CONS. (Llorando.)
¿Á qué viniste, bien mio?
- DIEGO. No yores más, criatura.
Iba en ello mi ventura!
con mi deber he cumplío.
- JUEZ. (A Diego.)
Decid: ¿sois vos ese hombre?
Vuestra confesion reclamo.
- DIEGO. Diego Corrientes me yamo:
y á naide ocurto mi nombre.
- JUEZ. ¿Y venís con tal firmeza
cuando os persigue la ley?...
- DIEGO. De mi gusto soy yo er rey:
pagaré con mi cabeza.
- JUEZ. ¡Y lo decís, sin mirar,
desgraciado, que la muerte
será al cabo vuestra suerte!
- DIEGO. ¿Qué le hemos de remediá?
Por la mujer que yo adoro,
no una, mir vías yo diera
pa que ella felis viviera.
Ahí tiene ya su tesoro.
- CONS. Yo sin tí, ¿pa qué lo quiero?
- JUEZ. ¡Guardias! (Los soldados entran.)
- DIEGO. (A Consuelo.) Mi bien, no te asombre.
- JUEZ. Conducireis á ese hombre
al calabozo primero.
Con cuidado le llevad.
- DIEGO. Vine voluntariamente.
- JUEZ. Preso está ya el delincuente.
(A Consuelo.)
Vos quedais en libertad,
(Al Escribano, dándole los papeles.)
Conforme á esta acusacion,
ábrase luégo proceso
á don Rufo, y quede preso
hasta otra resolucion.
(Váanse los Jueces y Escribanos.)
- DIEGO. (A Consuelo.)
¡Adios, adios, arma mia!
- CONS. Yo no me aparto de tí.
¡Ay! si tú vas á morí,

yo te jaré compañía.
DIEGO. (A la Marquesa.)
Pero... ¿tambien usted yora?
No yore usted po ese sielo.
Ahí tiene usted á mi Consuelo;
ampárela usted, señora.
(Sale entre los soldados.)
MARQ. Hombre sublime y valiente,
heróico es tu corazon.
Yo alcanzaré tu perdon
á los piés del Asistente.
(Váanse las dos, puerta izquierda.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Calabozo extenso en la misma cárcel. Ventana con doble reja en el fondo, que da al patio. En él se ven muchos presos con grillete y cadena. Se oyen diferentes voces que sobresalen en medio del bullicio. Ventana á la izquierda, que da á la calle. Una puerta pequeña á la derecha, por la cual entra Diego Corrientes con el carcelero, quedándose en ella los soldados que los acompañan. El carcelero coloca á Diego su grillete y cadena, y vuelve á salir con los soldados, sin hablar una palabra. Durante esta operación, un preso canta las saetas que siguen. Al entrar y salir se oye el ruido del cerrojo.

CANTO:

I.

Paseo. Entre grillos y caenas
canta el preso su dolor,
sin tener quien lo consuele
si no lo consuela Dios.

Probesitos encarselaos, imposibilitaos de su libertad.

II.

Probesito del que cae
en manos de un carcelero,
sin tener padre ni madre
que venga á darle consuelo.
Probesitos encarselaos, imposibilitaos de su libertad.

III.

De pena y de sentimiento
viene á llorar á estas rejas
la madre que tiene un hijo
y entre los muertos lo cuenta.
Probesitos encarselaos, imposibilitaos de su libérté.

RECITADO.

Cabayero é la capa é grana, una limosmita á estos
probesitos presos.

ESCENA II.

DIEGO CORRIENTES, solo.

¡Anda con Dios, fortunita!
ya me esamparó la suerte;
yo vine á buscar mi muerte
por librá á otra parsonita.
Estaba esconsolaita,
presa por mi libértá;
mas yo le pue entregá
lo que robarle han querío.....
Vive feliz, dueño mio;
por tí muero, güeno va.
Maté á Juan er Renegao;
ya sus delitos pagó:
si en güena hora le cogió
háigalo Dios perdonao.
Primer hombre que he matao,
y ar fin murió con su sino.
Quiera ese sielo divino
tener de mí compasion,
que bien merese perdon
er que mata á un asesino.
No hay esperanza, lo sé,
porque me la niega er sielo;
sólo me quea er consuelo
de que por salvarla fué.

Contento yo sufriré
mi caena y mi prision;
cumplí con mi obligacion
librando á la prenda mia;
no en vano ayer yo desía:
«Hoy te pruebas, corason.»
Preso en la cárcel estoy,
aquí aguardo mi sentencia;
corason mio, pasensia,
que á fe que te pruebas hoy.
Diego Corrientes yo soy,¹
aquer que á naide temía;
aquer que en Andalucía
por los caminos andaba;
er que á los ricos robaba
y á los probes socorría.
Yo soy er que apregonao
á naide nunca he temío,
aunque por mí han ofresío
dos mir doscientos ducao.
Por mi gusto me he entregao,
naide á prenderme yegó;
to er mundo me respetó
y á to er mundo jise cara;
y naide á mi me entregára
si no me entregára yo.

ESCENA III.

DIEGO, el CARCELERO, un ESCRIBANO, SOLDADOS.

- Esc. Carcelero, ¿es este el hombre
que há poco se os ha entregado?
CARC. ¿El que estaba pregonado?
DIEGO. Yo soy.
Esc. Diga usted su nombre.
DIEGO. Me yamo Diego Corriente.
Esc. Preciso es que usted escuche...
DIEGO. Lo que usté traiga esembuche.
¿Con jablá asusta á la gente?
Esc. Pues, en nombre de la Audiencia,
prepárese usté á escuchar...

DIEGO. Acábela usted ó sortar.

(Se arrodilla.)

Esc. Esta es de usted la sentencia.

(Leyendo.) «En la ciudad de Sevilla, los señores gobernador y alcaldes de la Sala de Crímen de la Real Audiencia, vista la causa, formada de oficio por el señor Asistente de esta capital, contra Diego Corrientes, declarado rebelde y contumaz, por robos hechos en despoblado y á mano armada, fallamos: Que debemos condenar y condenamos á dicho Diego Corrientes á la pena de muerte en la horca, en cualquiera de estos reinos en que fuere habido, á los tres dias despues de identificada su persona; ofreciendo dos mil ducados á quien lo presentare vivo ó muerto. Y por esta nuestra sentencia, que por prégón público será pronunciada, definitivamente juzgando y en instancia de vista, lo mandamos y firmamos en la citada ciudad.»

DIEGO. (Levantándose con serenidad.)

Está mu bien. ¿Y no hay más?

Yo no masusto por eso.

Lo que siento es que estoy preso: no le pueo á usted conviá.

Esc. ¡Lleno estoy de admiracion!

¿Y escucha usted tan sereno?...

DIEGO. Pa estos lances es mu güeno tener grande er corason.

Esc. ¡Por Dios, que me maravilla! Cuando aprestándose están...

DIEGO. Sé que á las doce vendrán pa yevarme á la capiya.

Esc. Ya que así al cielo le plugo, él tanto valor aliente.

DIEGO. Amigo, Diego Corriente tranquilo aspera al verdugo.
(Váse el Escribano.)

ESCENA IV.

DIEGO CORRIENTES, solo.

PRESO.. (Vuelven á cantar.)

Lo sacan der calaboso,
lo yevan á la capiya;
pa jaser bien por su arma
¿no hay quien dé una limosnita?

Probesitos encarcelaos, imposibilitaos de su libertad.

(Pausa.)

DIEGO.

Utrera del arma mia,
tierra aonde yo nasí,
ya pa siempre te perdí,
yo....que tanto te quería.
Torre de Santa María,
ya no te gorveré á vé,
por libertad á una mujé
yo vine á entregarme hoy.
Preso por desgracia estoy
primera y última vé.
De mi muerte la sentensia
oí con serenía.
Las once acaban de dá
en er reló de la Audensia.
No más que tener pasensia.
que el morí no es maraviya;
lo que siento es mi chiquiya,
que por mis esgrasias yora.
¡Ay, sólo farta una hora
pa yevarme á la capiya!
Corason mio, való:
jasta aquí no te ha fartao:
ya á probarte has comensao,
atrás no te güervas, no.
Dos dias más, y acabó.
ya para siempre tu penar.
¡Ay! No me jagas temblar
cuando escuche entre la gente:
«¡Po el arma de Diego Corriente;
»á quien van á ajustisiar!»



ESCENA V.

DIEGO, CONSUELO.

CONS. (Entrando.)

¡Diego!

DIEGO. ¡Consuelo, arma mial

¿Qué vienes buscando aquí?

CONS. Busco el arma de mi vía:

sin tí vivir no podía,

y te busco pa vivir. (Pausa.)

DIEGO. ¡Consuelo!... Dime, ¿qué tienes?

¿Qué doló en tu pecho escondes?

Por mis esgrasias no penes.

Dime, mi bien, lo que tienes,

que te yamo y no respondes.

CONS. ¡Diego! Déjame yorar,

que er yanto er dolor mitiga.

Me siento er pecho abrasar...

No me deja sosegar

ni un instante esta fatiga.

DIEGO. ¡Consuelo! Si yor te viera

¡asé una cosa por mí...

¡Cuánto te lo agrasiera!

CONS. (Con prontitud.)

Yo la jaré.

DIEGO. Vete á Utrera;

y no estés más tiempo aquí.

CONS. Diego de mi corason,

¿quieres que de tí me aleje?

¿Quieres que, sin compasion,

estando tú en la prision,

me vaya á Utrera y te deje?

¿Piensas que mi afeuto esmaya?

DIEGO. Consuelo, por tu salú,

juye de aquí; vete... y caya.

CONS. Cuando quieres que me vaya,

Diego, argo me ocurtas tú.

DIEGO. Yo... ná te ocurto, bien mio.

CONS. Yo contigo quió pená.

Dime lo que ha susedío.

- En roiyas te lo pío.
Dime, por Dios, la verdá.
- DIEGO. ¡Consuelo! ¿Y serás tan fuerte
que á lo que isir me obligas
oirás sin estremeserte?
- CONS. ¡Ay Diego! Aunque sea tu muerte,
quiero que tú me lo digas.
- DIEGO. ¿Tendrás való?
- CONS. Lo tendré.
No me fartará el aliento.
Jabla; yo te escucharé.
Si me mata er sentimiento,
en tus brazos moriré.
- DIEGO. Po ya escuché la sentensia
que dió la Sala é Seviya.
La hora aguardo con pasensia;
ar dar las dose en la Audensia
me llevan á la capiya.
- CONS. ¡Ay! ¡Caya, caya por Dios!
No lo permitirá el sieło.
(Fuera de sí.)
Ven, ven: sargamos los doa.
Si se oponen, contra tos
te efenderá tu Consuelo.
Ven, que yo te yevaré
aonde nunca te presigan.
Tus griyos arrancaré;
con mis manos romperé
las caenas que te ligan!
(Acompaña la accion. Pausa.)
- DIEGO. ¡Probe Consuelo!
- CONS. ¡Ay de mí!
Diego, las fuerzas me fartan.
¡Conque es preciso mori!...
- DIEGO. Las lágrimas se me sartan
de verte penando así.
- CONS. Perdóname, dueño mio;
yo soy la causa é tu muerte.
- DIEGO. ¡Caya! Por Dios te lo pío.
- CONS. ¡Ay! ¡Quién tuviera la suerte
de no haberte conosío!
- DIEGO. Consuelo, ¿me quies matá?

Esas palabras me estresan.
De lágrimas tengo un mar...
Déjamelas erramar,
que por mis ojos rebosan.

CONS. Yora, yora; no me espanta;
que es mu grande la afision.

DIEGO. Cuando er sentimiento es tanto,
¡ay! se arrancan con er yanto
peasos der corason. (Pausa.)

CONS. ¡Diego!

DIEGO. Consuelo, arma mia,
ar sielo er perdon implora
pa tu amante en su agonía.
Poco me resta de vía;
se va asercando la hora.

CONS. ¡Diego!

DIEGO. Oye: cuando yo muera,
con mu poco estoy pagao.

Si una ves dises siquiera:

«Diego murió ajustisiao,

pa que yo felis viviera.»

CONS. ¿Qué vale pa mí er dinero?

A Dios pongo por testigo,

que mi probesa prefiero.

¡Riquezas! ¡Pa qué las quiero,

si no las parto contigo?

Yo sin riquezas viví

contenta, porque te amé:

sifré mi ventura en tí;

probe, tu amor merecí,

nunca el oro ambisioné.

¡Ay! si pierdo er bien que adoro,

mientras me dure la vía

ya no tendré más tesoro

que enjugar de noche y dia

estas lágrimas que yoro.

Pa ofreserme la riqueza

que ensierra este relicario

dar gustoso tu cabeza...

Pa accion de tanta grandesa

mucho amor es necesario.

Prueba de tanta valor,

si no me mata er dolor,
yo nunca podré ofreserte.

Diego, aquí tengo mi suerte.

(Mostrando el relicario.)

Esta es la prueba mayor.

(Lo besa y lo arroja por la ventana que da á la calle.)

Diego. ¡Consuelo! ¡Esperanza vana!

¡Su fortuna sacrifica!

Cons. Lo arrojé por la ventana.

Si tú me fartas mañana,

con mis penas soy bien rica.

Diego. ¡Y ahora... cuando en mi aflicción

alivio á mi mal encuentre;

cuando ya mi corason

iba buscando su sentro,

morir!... ¡Ah, no hay compasion!

No siento perder la vía,

que la muerte no me aterra.

Yo tranquilo moriría

si no dejára en la tierra

la mitá der arma mia.

¡Vete! (Pausa.) ¡Ay, se abraza mi frente!

Si muero de pena aquí,

dirán que Diego Corriente

valor no tuvo é morí

aonde lo viera la gente.

¡Vete! (Pausa y transición.)

Pero ántes ven, ven:

un abrazo... ¡Probesiyal

(Se abrazan.)

¡Quizá er último! ¡ay, mi bien!

que cuando las dose den

me yevan á la capiya.

ESCENA VI.

DIEGO, CONSUELO, la MARQUESA.

DIEGO. ¡Consuelo!

Cons. ¡Diego!

DIEGO. (Á la Marquesa que entra.)

¡Señora!

¿Tambien usted viene á verme?

MARQ.

Sí; pero de nada sirve
mi presencia. El Asistente
se niega á todo.

DIEGO.

Es en vano
que se afane usted: mi suerte
se cansó ya de ampararme
y las espaldas me güerve.

MARQ.

Lo único que he conseguido
es, que si vienen á verte,
á nadie nieguen la entrada.

CONS.

¡Dios mio, piedá me tienen!

MARQ.

¿Qué hacer?

DIEGO.

¿Qué? ná: me han leío
aquí la sentensia é muerte,
y á las dose entro en capiya.

MARQ.

Silencio; que no se entere...

DIEGO.

Lo sabe... ¿Por qué ocultarlo,
ya que el sielo asín lo quiere? (Pausa.)

Dejo un tesoro en er mundo,
tesoro que iguar no tiene:
á usted lo entriego señora;
en usted su amparo encuentre,
lo que usted por ella jaga.

Dios en er sielo le premie.

(Ap.) ¡Antes que suenen las dose
güeno es que usted se la yeve,
que más que mis propias penas
siento las que eya paese.)

MARQ.

Consuelo, ven, hija mia;
luégo volverás á verle.

CONS.

No; que arrancarme de aquí
fuera matarme dos veces.

MARQ.

¡Por compasion!

CONS.

No me aparto.
Yo quiero morir si él muere.

(Ruido dentro.)

DIEGO.

(Ap.) ¡Ay, si habrán dao ya las dose!

MARQ.

Se oye la puerta. ¿Quién viene?

ESCENA VII.

DICHOS, D. JUDAS.

- JUD. (A Consuelo y la Marquesa.)
Para entregaros la herencia,
don Rufo venir me manda.
El juez está ya citado,
y á las doce y media aguardan.
¿Y el relicario?
- CONS. ¡Ay!
- MARQ. ¡Consuelo!
- CONS. Lo arrojé po esa ventana.
- MARQ. ¡Cómo!
- JUD. (Ap.) (Cielo, está demente.
¡Adios, ilusion dorada!)
- CONS. Pa vivir sola en el mundo
con mis esdichas me basta.
- JUD. (A la Marquesa.)
Pero ¿qué es esto, señora?
(La Marquesa y D. Judas hablan por lo bajo. Lú-
go dicen:)
- MARQ. ¿Pero es posible?...
- JUD. Juzgada
la causa estaba en su ausencia,
y hay que cumplir lo que manda...
Eso yo me lo temía;
pero es dobl la desgracia:
él perderá su cabeza
y ella no alcanzará nada.
(A Consuelo.)
Pero decid: ¿por qué ha sido?...
- DIEGO. Yo lo diré.
- CONS. ¡Caya, caya!
- DIEGO. No; que una acsion generosa...
- CONS. Con otra también se paga.
Él, por jaser mi ventura,
su propias desdichas fragua
presentando el relicario
que ¡ay! nunca lo presentara.
No tengo otra recompensa

que ofrecerle en su desgracia,
si no es la de esa fortuna,
¡ay! que me cuesta tan cara.
Gustosa la sacrifico;
probe seré, mas no ingrata:
porque una accion generosa
con otra tambien se paga.

DIEGO. ¡Caya, por Dios, prenda mia:
me estás esgarrando el alma!

CONS. Si yo mir vias tuviera,
por tí ahora mesmo las daba.

MARQ. ¡Todo es heróico, sublime,
inmenso en estas dos almas!
Aquí el corazon se ostenta
desnudo de ajenas galas;
aquí los labios pronuncian
sin meditar las palabras;
aquí la naturaleza
su propio lenguaje habla.
Si hoy la desgracia os persigue,
si vuestra dicha arrebatá,
el galardón merecido
Dios en el cielo os prepara.

DIEGO. (Á la Marquera.)
Siga usted hablando, señora,
que, oyéndola, no me espantan
ni las horas que me esperan,
ni el suplicio que me aguarda.
¡Valor, corazón, valor!
Consuelo, ten esperanza,
(Señalando al cielo.)
que así hay un Dios que nos mira
y que á ninguno esampa.

JUD. (Asomándose á la puerta.)
Yo buscara el relicario;
pero en balde. Esa ventana
da á la calle... ¿Quién lo encuentra
donde tanta gente pasa?

ESCENA VIII.

DICHOS, el tío CHAFAROTE.

CHAF. (Entrando.)

¡Á Dios gracias! ¿Se pué entrá!

DIEGO. Aentro.

CHAF. Yo, po aquí me cuélo
en busca é...

DIEGO. ¡Á quién buscasté?

CHAF. (Abrazándole.)

¡Várgame Dios, jeñó Diego!

¡Á quién he buscá? Á usté busco.

DIEGO. ¡Usté! ¡Siempre usté! ¡Tan bueno!...

(Vuelve á abrazarlo.)

El que me salvó la vía
poniendo la suya á riesgo!

CHAF. Güeno... ¿y qué? ¿Qué farta jase
la vía de un probe viejo,
que ya tiene un pie en er mundo
y el otro en er simenterio?

DIEGO. Ahora, amigo de mi arma,
ya esta no tiene remedio...

CHAF. Bien se lo dije, y no quiso
usté tomar mi consejo!

DIEGO. ¡Era mi sino! Mas ¿cómo
ha venío usté aquí tan presto?

CHAF. ¡Toma! Las malas notisias...

Supe que estabasté preso,
y, como hombre agraesío
al favor que usté me ha jecho,
por si usté lo necesita,
le traigo aquí su dinero.
Otavía no le he tocao.

JUD. (Á la Marquesa.)

¡Qué noble comportamiento!

CHAF. Como usté me lo entregó,
lo mesmito se lo entriego.

Y aemas... este relicario,
que ahí me lo jayé en er suelo,
y que, si se vende, vale

- lo ménos dos ó tres pesos.
- DIEGO.]** (Tomando el relicario.)
¡Á ver? ¡Aquí está er relicario?
(Á la Marquesa.)
Mírelo usté, que es er mesmo.
- MARQ.** ¡Qué feliz casualidad!
¡Oh, maravilloso encuentro!
(Á Consuelo.)
Aquí ostensible se muestra
que es la voluntad del cielo
que no seas pobre, hija mia.
- CHAF.** ¡Tó se opone á mis esesos!
- DIEGO.** (Al tío Chafarote)
Er relicario lo armito,
pero guarde usté er dinero,
que yo lo que una vez doy
á resivirlo no güervo.
Si usté en argo quíé pagarme,
aunque soy yo er que le debo,
ántes de salir de aquí
réseme usté un Padre nuestro,
que á las dose entro en capiya
y pasao mañana muero.
- CHAF.** ¡Várgame Dios, y qué esgrasia!
¡Lástima é moso... tan neto!
Dígale usté á la justisia
que me armita á mí en su puesto.
¡Qué más le da? Hombre por hombre...
¡Señó, si esto clama ar cielo!
- DIEGO.** ¡Probesiyo!
- CHAF.** ¡Es imposible!
- CONS.** ¡Ah, ya me farta el aliento!
- MARQ.** ¡Todos me llenan de asombro!
- DIEGO.** No yores tú más, Consuelo,
que más me aflige tu llanto
que las penas que yo siento.
(Da un reloj las doce.)
- CONS. y MARQ.** ¡Ay!!! (Con espanto.)
- DIEGO.** ¡Er reló de la Audensia!
Por mí vienen, no hay remedio.
¡Ya llegó la hora amarga!
¡Aónde estás, corason mio?

Güerve á recobrar tu brillo:
la serenía me varga.
¡Ay! ya la voz se me embarga,
la lengua se me entorpese,
la vista se me oscurese
y me se va la rason.
¡Aónde está mi corason,
que te busco y no parese?
Corason mio, való:
jasta aquí no te ha fartao;
ya á probarte has comensao,
atrás no te güervas, no.
Dos dias más, y acabó
ya pa siempre de penar.
¡Ay! no me jagas temblar
cuando escuche entre la gente:
«Po el arma é Diego Corriente,
á quien van á justisiar!»

(A la Marquesa.)

Adios, mairina, adios. (Pausa.)

¡Adios... adios, mi Consuelo!

Tu amparo quea en el sielo;

deje ayí nos mire Dios.

Nos separan á los dos
cuando er sielo nos unía...

Murió la esperansa mia,

pa nunca más revivir...

(Rumor: se abre la puerta.)

¡Ay! ¡Me yevan á morir!

ponte luto siquiera un dia. (A Consuelo.)

(Se oye un gran rumor en la calle, y el tañido de las campanas á vuelo en toda la ciudad. De cuando en cuando se ha escuchado el estampido de un cañonazo. El rumor va en aumento. Durante la siguiente escena, el carcelero quita á Diego la cadena y el grillete.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, UN JUZ, UN CARCELERO, VARIOS SOLDADOS, el
ESCRIBANO.

MARQ. ¡Ya llegan!

CHAF. ¡Pues!

CONS. ¡Dios mío!

(Abrazando á Diego.)

Yo iré aonde á ti te yeven.

Yo contigo moriré

ar tiempo que tú murieres.

Esc. (Lee.) Oid: «El rey nuestro señor,

monarca justo y clemente,

queriendo inmortalizar

con un recuerdo solemne

el nacimiento de un príncipe,

que al cielo benigno debe;

en cada audiencia de España

indulta á un reo de muerte.»

La suerte aquí ha decidido:

y pues que ella os favorece,

en nombre del soberano,

libre estás, ¡Diego Corrientes!

CHAF. (Tirando el sombrero por alto.)

¡Que viva! Déjeme usté (Al Escribano.)

que lo abraze y que lo bese. (Lo hace.)

Si un escribano se sarva,

sin dua arguna que es este.

MARQ. (Al Escribano, estrechándole la mano.)

¡Gracias!

Esc. Su hermano de usted

desde el cielo lo agradece.

(Aquí los actores darán muestra de profunda alegría.)

DIEGO. (Abrazándola.)

¡Consuelo!

CONS. ¡Diego!

MARQ. ¡Hijos míos!

Pues así Dios os protege,
ante el ara sacrosanta

Disco. vuestros votos ofrecedle:
La muerte serca me ví,
y con valor la esperé;
si de ella al fin me libré
fué que Dios lo mandó así.
De veras me arrepentí.
Ya esa vía se acabó.
¿Quién á enmendar me metió
lo que Dios ha estableció?
Daré ar probe de lo mio,
que al rico Dios se lo dió:

FIN DEL DRAMA.

*Habiendo examinado este drama, no hallo
inconveniente en que su representacion se au-
terice.*

Madrid 13 de Diciembre de 1859.

El censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Contiene

- García del Castañar. -
- Las querellas del Rey Lirio. -
- D. Fernando el explorado. -
- El amigo mártir. -
- No ganamos para sustos. -
- ¿Quién es ella? -
- Bandera negra. -
- Honra y provecho. -
- Diego Corrientes. -

61626661











